



## Europa y el Mundo Árabe en 1995

Bernabé López García  
Profesor Titular de Historia  
del Islam Contemporáneo,  
Universidad  
Autónoma de Madrid

Miguel Hernando de Larramendi  
Director de la Escuela  
de Traductores de Toledo,  
Universidad de  
Castilla La Mancha

Con apenas un mes de diferencia durante 1995, dos conferencias en la cumbre han tenido lugar en los dos extremos del Mediterráneo, en las que se ha tratado de definir dos estrategias alternativas para el desarrollo del Mundo Árabe: la Conferencia Económica para Oriente Próximo y el Norte de África, celebrada en Ammán del 29 al 30 de octubre, y la Conferencia Euromediterránea de Barcelona de los días 27 y 28 de noviembre. Dos proyectos concurrentes que afectan de lleno al Mundo Árabe. El primero, impulsado por Estados Unidos, busca hegemonizar el destino de la zona con la propuesta de crear un banco regional de desarrollo. El segundo, apoyado por la Unión Europea (UE), pretende frenar el papel hegemónico que los americanos vienen desempeñando desde la guerra del Golfo en la parte oriental del Mediterráneo, en el proceso de paz en Oriente Próximo y aún en muchos aspectos políticos del Magreb (Sobh, 1995).

### Nueva formulación de una vieja relación

Con la celebración de la Conferencia Euromediterránea de Barcelona, Europa pretende la normalización de una vieja relación con los países árabes que se había encontrado mediatizada, bien por las dominaciones coloniales del siglo XIX y primera mitad del XX, bien por fórmulas exclusivas de diálogo, coyunturales y desequilibradas.

Europa y el Mundo Árabe son dos conjuntos dispares. Pero esta disparidad no puede inducir a concebir como uniformes cada uno de los dos elementos de la relación. La Europa del Sur mantuvo una peculiar relación con los países árabes mediterráneos por medio de una colonización de poblamiento que tuvo su correlato años después en el fenómeno de la inmigración masiva de los magrebíes a las antiguas metrópolis. Ello ha creado un cúmulo de lazos aunque también ha engendrado razones o justificaciones para un rechazo mutuo. La Europa del Norte por su parte, o bien mantuvo una influencia política, como en el caso de Gran Bretaña desde Egipto a Irak, coyuntural y subordinada al mantenimiento de su influencia en otras regiones del globo, o bien fue marginada de los países árabes, como en el caso de Alemania, para recuperar una influencia económica más recientemente. Difícil, pues, hablar de una única posición europea hacia el Mundo Árabe, dada la pluralidad de intereses.

Algo parecido puede decirse del Mundo Árabe, donde hay países en que Europa es sinónimo de Francia (los magrebíes fundamentalmente), o de Londres (algunos microestados del Golfo), mientras en otros la diversificación de relaciones ha hecho aparecer nuevos socios o nuevos rivales. La inmigración marroquí (1.400.000 en Europa en la actualidad) ha conver-

tido a países comunitarios como Holanda o Bélgica en polos de referencia, mientras que el ingreso de España y Portugal en la Comunidad Europea (CE) convirtió inicialmente a estos países en concurrentes de la agricultura de Marruecos y Túnez, hasta el punto que, como se ha visto durante la Conferencia de Barcelona, los agricultores españoles se manifestaron expresivamente en contra de lo que consideraban competencia desleal por parte de sus colegas magrebíes.

### Hacia una nueva percepción euro-árabe

1995 ha mostrado, con la Conferencia Euromediterránea, que existe una convergencia de intereses entre Europa y el Mundo Árabe. Convergencia que había sido reconocida, aunque de manera coyuntural, en momentos de crisis como la guerra árabo-israelí de 1973 y el embargo petrolero que le siguió. Se revalorizó entonces por parte europea el papel económico de la región, dando lugar al inicio y desarrollo de un diálogo euro-árabe que alcanzó su auge entre 1975 y

1981<sup>1</sup>. Dado su oportunismo, este diálogo apenas sirvió para que la Europa comunitaria diese algunos pasos

hacia el reconocimiento de los derechos del pueblo palestino. Pero junto a esta visión interesada, fenómenos como el terrorismo primero y la inmigración más tarde, hicieron percibir a los árabes como factor de amenaza, sobre todo tras la desaparición del “telón de acero” y el fin

de la Guerra Fría en 1989. De ahí

que predomine en la opinión pública europea una visión securitaria de los países del Mediterráneo sur que ha dado lugar a dispositivos de cierre hacia el exterior, como muestran los acuerdos de Schengen<sup>2</sup>. Por su parte, la percepción que tiene el Mundo Árabe de Europa no logra salir de la imagen dominante de demonización, acuñada en el proceso de luchas por la independencia y reforzada en sus opiniones públicas durante la guerra del Golfo. Ni siquiera ese mito de “El Dorado” en que convierten a ciertos países europeos los inmigrantes, ha podido restar fuerza a la demonización, máxime cuando en estos últimos años de recesión económica, la barrera de Schengen ha alejado bastante a Europa de los ciudadanos de los países magrebíes.

*“La percepción que tiene el Mundo Árabe de Europa no logra salir de la imagen dominante de demonización”*

Dejando a un lado las percepciones, un dato es inequívoco: las relaciones comerciales entre ambas regiones se caracterizan por su desequilibrio. Mientras el comercio de los países que integran la Liga Árabe depende de la Europa comunitaria -en 1990 las exportaciones a la CE se elevaban al 40,35% y las importaciones al 45,2% (Khader, 1995)-, para la Comunidad Europea el Mundo Árabe apenas representa un 9,3% de sus exportaciones y un 7,3% de sus importaciones<sup>3</sup>. Pero esta dependencia de los mercados comunitarios presenta diferencias esenciales entre unos y otros países. No debe olvidarse que la parte más importante -en torno al 80%- de las exportaciones árabes hacia la CE se debe al grupo de países productores de hidrocarburos (Argelia, Libia, países del Golfo, en otro tiempo Irak). Otros países no petroleros como Marruecos o Túnez manifiestan de forma distinta su ligadura con la CE en cuyos mercados sitúan sus productos agrícolas y manufactureros.

### La Unión Europea y los países árabes

Salvo en el episodio del diálogo euro-árabe, la UE no ha establecido un marco de relaciones específicas con el Mundo Árabe. Las relaciones con la mayor parte de estos países se inscriben desde 1972 en el marco de la Política Mediterránea que también rige las relaciones de Bruselas con Israel, Malta, Chipre o Turquía. Todos los Estados árabes mediterráneos, salvo Libia, firmaron Acuerdos de Cooperación con Bruselas por medio de los cuales obtenían libre acceso, sin reciprocidad, a los mercados comunitarios para sus productos industriales<sup>4</sup>. Estos acuerdos, de duración ilimitada, incluían aspectos de cooperación económica, técnica, científica y social, regulados por protocolos renovables cada cuatro años. El carácter economicista que inspiraba las relaciones entre la CE y los países ribereños del Mediterráneo no fue alterado por la Política Mediterránea Renovada, lanzada en 1990, pese a que ésta incrementaba la ayuda prevista en los protocolos financieros y preveía ayuda suplementaria para proyectos que favorecieran la integración regional entre países mediterráneos así como para la protección del medio ambiente.

La Unión Europea también mantiene relaciones con los países del Consejo de Cooperación del Golfo desde 1988, año en el que se firmó entre ambos subconjuntos regionales un acuerdo para desarrollar la cooperación en sectores como la

ciencia y la tecnología, estableciendo asimismo un diálogo político. Las relaciones de los países árabes mediterráneos con la Comunidad se vieron afectadas por las sucesivas ampliaciones de ésta. La adhesión de Grecia en 1981 y de España y Portugal en 1986 alimentó los temores en la orilla sur ante las previsibles ventajas que los nuevos Estados miembros tendrían a la hora de situar sus exportaciones en los mercados de la Comunidad. Para intentar superar el dilema de cómo conciliar el principio de preferencia comunitaria con el del mantenimiento de las corrientes tradicionales de intercambio, Bruselas promovió la firma de protocolos de adaptación a los Acuerdos de Cooperación en vigor.

La adhesión de esos tres países de la Europa del Sur a la Comunidad contribuyó de forma importante a que Bruselas comenzase a prestar mayor interés a la región. La caída del muro de Berlín y la desintegración del bloque del Este favorecieron la existencia de dos grupos de países en el seno de la Comunidad. De un lado, los septentrionales -con Alemania a la cabeza-, que apoyaron el estrechamiento de relaciones con los antiguos países del Este, defendiendo el carácter estratégico que podría tener la futura incorporación de éstos a la Comunidad. De otro lado, los meridionales -Francia, Italia, España, Portugal y Grecia- preocupados por una excesiva reorientación hacia el Este, reclamaron un equilibrio en la proyección exterior de la Comunidad y una atención creciente hacia los países del sur y el este del Mediterráneo. La guerra del Golfo acrecentó en Europa la idea de amenaza procedente del Sur. Los países latinos han predicado desde entonces -en solitario o colectivamente<sup>5</sup>- la necesidad de intensificar las relaciones con el Mediterráneo y los países árabes.

### El partenariado euromediterráneo

Los esfuerzos de sensibilización desplegados por las diplomacias de la Europa meridional, intentando convencer de la importancia que la estabilidad de la frontera sur tiene para la UE en su conjunto, se intensificaron en 1994 como respuesta a la prioridad concedida a las relaciones con los países del Este. En junio de 1994 el Consejo Europeo de Corfú resaltó la necesidad de reforzar la política mediterránea de la Unión Europea para convertir la cuenca mediterránea en una zona de cooperación que garantizara la paz, la seguridad y el bienestar. En octubre de

1994 la Comisión Europea respaldó el documento Reforzar la política mediterránea de la Unión Europea mediante una asociación euromediterránea (Boletín de la Unión Europea, suplemento 2/95), promovido por el comisario Manuel Marín. Dicho documento establecía las bases de unas nuevas relaciones que debían ir acompañadas de un aumento sustancial de la ayuda financiera y del establecimiento de nuevos Acuerdos de Asociación, destinados a sustituir a los de cooperación vigentes hasta entonces. Las presiones hispano-francesas, tendentes a compensar la apertura hacia los países del Este, llevaron a que el Consejo Europeo de Essen, con el que se cerró la presidencia alemana en diciembre de 1994, asumiera la estrategia de la Comisión así como el compromiso de celebrar una Conferencia Euromediterránea en Barcelona.

La coincidencia casi correlativa de cuatro presidencias de países meridionales (Grecia en el primer semestre de 1994, Francia y España en 1995 e Italia en el primer semestre de 1996) ha contribuido a impulsar el desarrollo de las relaciones con el Sur. En esta línea, en 1995 han sido firmados nuevos acuerdos de asociación con Túnez (abril), Israel y Marruecos (noviembre) y están en curso de negociación otros acuerdos con Egipto, Jordania y Líbano. Estos acuerdos, piedra angular del proyecto de Asociación Euromediterránea, prevén tres ejes prioritarios: apoyo a la transición económica, contribución a un mejor equilibrio socioeconómico y favorecimiento de la integración regional. Además de promover el establecimiento de un diálogo político, los nuevos acuerdos de asociación prevén la creación progresiva de una zona de libre comercio que deberá estar concluida en el año 2010. Las negociaciones de los acuerdos de asociación no han sido siempre fáciles por los recelos que el establecimiento de una zona de librecambio suscita en los países con un nivel de desarrollo inferior, que temen verse invadidos por los productos industriales europeos sin que aquellos en los que disponen de ventajas comparativas se beneficien del libre acceso a los mercados comunitarios (Zaim, 1995). Esto ha sido especialmente visible entre Marruecos y la UE. Pese a haber sido aquél el país escogido para ensayar la fórmula de la asociación mediterránea, las dificultades políticas de un lado y las trabas a las exportaciones agrícolas marroquíes de otro, retrasaron la firma hasta vísperas de la Conferencia de Barcelona. Marruecos utilizó como instrumentos de presión para obtener un

trato más favorable tanto su asistencia a la misma como las negociaciones para la renovación del acuerdo pesquero, lo que provocó la larga crisis hispano-marroquí de abril a noviembre de 1995.

El proyecto de asociación euromediterránea se ha visto complementado con el incremento de las ayudas financieras que recibirán los países mediterráneos. En el Consejo Europeo de Cannes, a fines de junio de 1995, con el que terminó la presidencia francesa, fue aprobado un paquete de ayudas a los países mediterráneos por valor de 4.685 millones de ECU (Unidad de Cuenta Europea) para un período de cinco años. Esta cifra, aunque inferior en un 10% a la propuesta por la Comisión, pretende contribuir a equilibrar las aportaciones realizadas a sus dos fronteras, si bien todavía el Sur recibe sólo un 70% de lo asignado al Este. Estas cantidades serán instrumentadas en una nueva línea presupuestaria MEDA (Ayuda Mediterránea), que sustituirá a los protocolos financieros firmados por los países árabes mediterráneos (excepto Libia), que expiran a lo largo de 1996. Se pretende establecer un sistema más flexible de asignación de recursos, a la par

que desempeñar un papel más activo por parte de la UE en la orientación y control de los fondos, destacándose que los beneficiarios de éstos no serán ya sólo los Estados y las regiones sino también diversos actores de la sociedad civil como los entes locales, operadores privados, asociaciones, fundaciones y organizaciones no gubernamentales.

*“Una de las novedades del “espíritu de Barcelona” es que, por primera vez, se vincula estabilidad interna y democracia”*

#### El espíritu de Barcelona y el Mundo Árabe

La Conferencia de Barcelona ha logrado reunir a los 15 miembros de la Unión Europea con los países ribereños del Mediterráneo sur y oriental (excepto Libia, Albania y los países de la ex Yugoslavia) alrededor de un proyecto que pretende sacar sus relaciones de la visión casi exclusivamente comercial que las ha caracterizado hasta entonces (Moratinos, 1995). Debe subrayarse la participación con una delegación propia de la Autoridad Nacional Palestina. La Liga Árabe y la Unión del Magreb Árabe han contado en la Conferencia con un estatuto de invitados especiales, como también ha sido el caso de Mauritania,

a pesar de su carácter de país árabe atlántico, gracias a la presión del presidente francés Jacques Chirac. Mauritania además normalizó sus relaciones con Israel durante la celebración de la Conferencia de Barcelona, gracias a la mediación española. La Conferencia adoptó una declaración y un programa de trabajo cuya filosofía pretende crear un espacio común de paz y estabilidad, una zona de prosperidad compartida así como promover un diálogo entre las culturas ribereñas que favorezca los intercambios entre sus sociedades civiles. Una de las novedades del “espíritu de Barcelona” es que, por primera vez, se vincula estabilidad interna y democracia. Los participantes se comprometen a desarrollar el Estado de derecho y los Derechos Humanos en sus fronteras, lo cual, si bien será complicado de conseguir plenamente, supone un salto cualitativo importante en los países árabes. La declaración, cuyo elemento vertebrador, como el de la Conferencia, ha sido la propuesta de una zona de libre comercio en el Mediterráneo para el año 2010, excluye sin embargo al componente humano de la libre circulación, ofreciendo una visión que asocia inadecuadamente los temas migratorios con los del terrorismo y el narcotráfico<sup>6</sup>.

#### Europa y el proceso de paz

Pese a los intentos de la diplomacia europea para que la Conferencia de Barcelona no se convirtiera en un foro de resolución de conflictos, los avatares del proceso de paz en Oriente Próximo rondaron las dos jornadas, e incluso, acapararon parte del interés informativo. Muy en concreto el contencioso israelo-sirio, que se prolongaba tanto en las diferencias de interpretación acerca del Tratado de No Proliferación nuclear -Israel consiguió eludir un compromiso explícito- como en la definición del terrorismo, que, según Siria, había que diferenciar de las luchas legítimas contra la ocupación extranjera. La Comunidad Europea ha desempeñado un papel testimonial en el proceso de paz promovido tras la guerra del Golfo por Estados Unidos, con el apoyo de la Unión Soviética. Aunque estuvo presente en la Conferencia de Madrid de octubre-noviembre de 1991, en donde a través de su presidente ofreció su participación constructiva, no hay que olvidar los recelos que suscitó el patrocinio americano, muy especialmente en países como Francia (Hernando de Larramendi, 1993). Si en lo político Europa ha

ido a remolque de Estados Unidos en el proceso de paz en Oriente Próximo, no ocurre lo mismo en el terreno económico. Tras la firma en Washington de la declaración de principios entre Israel y la Organización para la Liberación de Palestina en septiembre de 1993, la UE intensifica su ayuda económica a la nueva entidad palestina. En 1995 ha destinado 183 millones de ECU para el desarrollo palestino, lo que supone el 45% de la ayuda total de los donantes, muy por delante de Arabia Saudí (19%), Estados Unidos (16%) y Japón (8%). Este apoyo económico se complementa con un apoyo técnico a la nueva administración palestina y a la preparación de las elecciones de enero de 1996<sup>7</sup>.

#### Notas

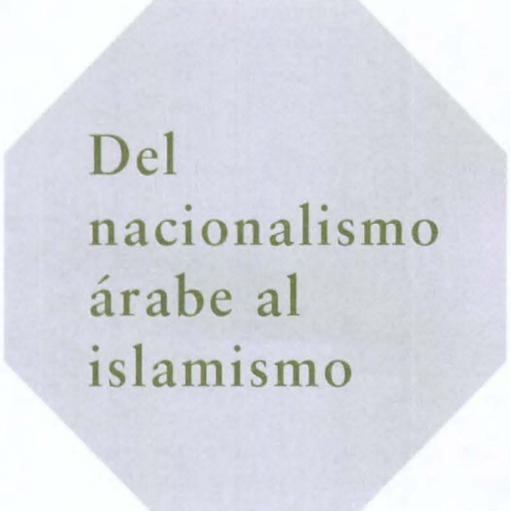
1. En junio de 1995 Emilio González Ferrín leyó en la Universidad de Sevilla una tesis doctoral sobre el tema, intitulada *El diálogo euro-árabe: la Unión Europea frente al sistema regional árabe*.
2. Paradójicamente ha sido la explotación de este argumento securitario lo que permitió a la diplomacia española llamar la atención de sus socios comunitarios sobre la necesidad de contribuir al desarrollo de una zona de estabilidad y prosperidad al sur del Mediterráneo, en el documento *Europa ante el Magreb*, Dirección General de Política Exterior para África y Oriente Medio, Ministerio de Asuntos Exteriores, 26 de febrero de 1992.
3. Datos de 1988. Recogido en Khader (1995) p.197.
4. El alcance real de estas concesiones fue limitado por el establecimiento de restricciones cuantitativas y temporales a la entrada de gran parte de los productos textiles.
5. A través de iniciativas como la Conferencia de Seguridad y Cooperación con el Mediterráneo, lanzadas por las diplomacias española e italiana en septiembre de 1990; el diálogo 5+5 que agrupó a los cuatro países latinos y Malta con los cinco de la Unión del Magreb Árabe; o el Foro Mediterráneo, iniciativa franco-egipcia para crear un marco más flexible de diálogo entre los países ribereños sobre temas de interés común, que inició sus reuniones en 1994 en Alejandría con la participación de Francia, Egipto, España, Túnez, Argelia, Marruecos, Italia, Grecia y Turquía.

6. A comienzos de la presidencia francesa, siendo ministro del Interior, Charles Pasqua, tuvo lugar en Túnez el 21 de enero de 1995 una reunión calificada de "informal" entre los titulares de dicho ministerio de Italia, Portugal, Argelia, Francia y Túnez. La reunión pretendía intensificar la cooperación en la lucha contra "diferentes formas de criminalidad, diversos tráficó [estupefacientes y armas] (...), inmigración clandestina (...), terrorismo e integrismo". Se insistía especialmente en estos contactos en el Mediterráneo occidental, en coincidencia con las presidencias francesa, española e italiana. Cabe notar la ausencia de Marruecos, sin duda, entre otras razones, para no pronunciarse contra el "integrismo", como hizo el comunicado final.

7. Véase Comunicación de la Comisión al Consejo y al Parlamento Europeo relativa a la futura asistencia económica de la Unión Europea a Cisjordania y la franja de Gaza, COM (95) 505 final, Bruselas, 23.10.95.

#### Referencias bibliográficas

- Khader, B. (1995) *Europa y el Mundo Árabe. Primos, vecinos*. p.223. Madrid: Ed. Mundo Árabe e Islam, AECI.
- Hernando de Larramendi, M. (1993) "Chronique internationale 1991", *Annuaire de l'Afrique du Nord*, tomo XXX, pp.477-548, Paris: CNRS.
- Moratinos, M.A. (1995) "La Conferencia de Barcelona. Una ventana de esperanza", *El País*, 23 de noviembre.
- Sobh, S. (1995) "D'un sommet à l'autre", *Arabies*, octubre, p.38 y ss., y "Barcelone: les pays du Golfe s'en prennent à la Ligue Árabe", *La Vie Économique*, 24-30/11, p. 47, Casablanca.
- Zaim, F. (1995) "Un engagement européen à la mesure des défis?", en Bistolfi, R. (Ed.), *Euro-Méditerranée: une région à construire*, pp. 163-170. Paris: Publisud.



## Del nacionalismo árabe al islamismo

Sami Naïr  
Catedrático de Ciencia Política,  
Université Paris VIII

No resulta fácil estudiar las relaciones entre arabismo, islamismo y Occidente en un espacio tan corto. Ciertamente, podemos proponer algunas definiciones, seguidas de comentarios más o menos juiciosos, pero el interés de tal aproximación suele resultar superficial. También podríamos abordar el tema frontalmente, sometiendo el análisis al punto de vista que hayamos decidido hacer prevalecer: así tendremos una aproximación “nacionalista árabe”, “islamista” u “occidental-centrista” sobre los términos del debate. Una aproximación igualmente discutible, ya que se basa en una proyección teórica a priori que determina las conclusiones. Nos queda una alternativa intermedia, que consiste sobre todo en *problematizar* los conceptos avanzados y en considerarlos en su historicidad y contexto. Es lo que pretendo realizar aquí. Para ello, conviene distinguir tres fases a lo largo de las cuales, por turnos, el nacionalismo árabe, después la revolución estatal nacionalista y finalmente el islam desempeñan un papel central en la historia reciente de los países árabomusulmanes del sur del Mediterráneo.

### Los movimientos de liberación nacional

Esta primera fase muestra características sociológicas y culturales más o menos idénticas en todos los países árabomusulmanes: emergencia de clases medias urbanas aliadas a las rurales “desruralizadas” y a los pequeños campesinos, ruptura con las antiguas aristocracias terratenientes patrimoniales. La cohesión de estas capas ascendentes reúne *a la vez* el sustrato religioso -el islam como ideología identitaria- y la adopción de la retórica europea de la Ilustración, en general a través de la versión republicana francesa (libertad, igualdad, fraternidad). Pero, aun colocados en situaciones “objetivamente” revolucionarias, estos movimientos no eran en absoluto anticapitalistas; algunos de ellos lo serán con el tiempo, pero en el inicio eran primero y sobre todo anticolonialistas. Nacionalistas, unanimistas, populistas, dirigidos por élites muchas veces desclasadas (“intelectuales sin vínculos” en el sentido de Karl Mannheim), su objetivo era en primer lugar y ante todo la instauración de naciones/pueblos/Estado según el modelo occidental. Y por esta razón luchaban contra sus adversarios imperiales con el lenguaje de la emancipación surgido en estos imperios. En conjunto, alcanzaron su primer objetivo: la independencia nacional. También tuvieron éxito en convertir el nacionalismo en una ideología espontánea de sus respectivas poblaciones. Fuerza de arraigo en la contemporaneidad, el nacionalismo desempeñó un papel a la vez complementario y contradictorio con el sustrato religioso como base. Complementario porque

suministraba, con un lenguaje adecuado a la época, una versión *historizada* de la idea atemporal de comunidad islámica, *Umma*. El movimiento sin duda alguna más espontáneamente laico entre estas élites -el movimiento nacional argelino- se catalizó ciertamente con la retórica jacobina de emancipación, pero ajustándose a la idiosincrasia religiosa de la sociedad. Además de revolución secular, la experiencia argelina no dejó de ser también una comunión de “hermanos” y “hermanas” en el sentido religioso. Contradictorio, en fin, porque este nacionalismo era virtualmente portador de una concepción del Estado que implicaba la separación de lo político respecto al referente religioso. Todos los países de la ribera sur deberán tomar en consideración este problema. En él se origina la segunda fase, la de la construcción práctica del Estado-nación.

#### La revolución estatal

La entrada en el sistema internacional de poder acentúa la secularización de los movimientos nacionales y de la sociedad llamada “civil”. El período de las revoluciones estatales (1950-1975) se caracteriza por objetivos (independencia nacional, desarrollo económico, modernización cultural y, para algunos, revolución “socialista”) que se inscriben en el contexto de la confrontación Este-Oeste. Por su parte, el Estado, heredado de las antiguas potencias tutelares, debe ahora consolidar las entidades territoriales, sobre todo en relación con los vecinos. El desarrollo económico se ve sometido al imperativo de la industrialización: Egipto, Irak y Argelia se convierten así en verdaderos laboratorios. Pero esta industrialización, que pretendía asentar la independencia nacional sobre una relativa autonomía económica, desembocó en realidad en el aumento de la dependencia tecnológica dentro del sistema de la división económica internacional y, sobre todo, convirtió el Estado en un espacio de lucha entre las diversas clases y grupos de interés por el control de la riqueza.

Convirtiéndose en el actor principal del “desarrollo” económico, controlando al máximo el sector privado de la economía, el Estado en realidad desplazó la competición económica

y la colocó *en el interior mismo del sistema de poder*; es pues el control del Estado lo que ha pasado a estar en juego en los virulentos enfrentamientos entre sectores sociales y grupos de interés. En este sentido, el proceso clásico de *acumulación primitiva* de capital, que este capitalismo industrial de Estado tenía la vocación de realizar, se verá mediatizado por un verdadero proceso de *acumulación primitiva* de poder en el seno del Estado. El Estado, espacio de confrontaciones, se convertía así progresivamente en lugar de reagrupamiento de caciquismos, de clanes, de grupos de interés, que desplegaban, tras la ideología oficial de fachada -socialismo islámico, nacionalismo, liberalismo-sistemas paraestatales de solidaridad (tribalismo, nepotismo, clientelismo, etc). El resultado de esta evolución es paradójico y explica la evolución caótica de estos regímenes: sistemas de poder *fuertes*, autoritarios; Estados *débiles*, incapaces de dejar que el juego de las contradicciones sociales se desarrolle fuera de la esfera pública. De ahí que, además de la negación de toda experiencia democrática -en el sentido parlamentario<sup>1</sup>, el Estado no haya podido ni querido controlar los procesos de modernización cultural que se producían en la sociedad. Esta modernización asumió la forma de una secularización *contingente*, es decir, una secularización que se impuso de forma “ciega”, sin que el Estado la asumiese o la dominase y sin que la opinión pública social debatiese su contenido. El proyecto cultural del Estado, un poco en todas partes en el sur del Mediterráneo, era en realidad la modernización por la vía de una “dictadura pedagógica”, una forma específica de despotismo ilustrado. Pero sus supuestos seguían arraigados en el sustrato nacional-religioso, en el que se configuraba la soberanía popular. La contradicción en la que se encontró cogido de esta forma el Estado resulta evidente: continuaba justificando su proyecto secular con premisas religiosas. En realidad, fue volviéndose más y más nacionalista-religioso, es decir, *islamista*. Así pues islamiza progresivamente todas las estructuras que enmarcan la sociedad: educación, justicia, universidades, etc. Frente a los procesos de modernización que experimenta la sociedad, el Estado se convierte en el principal vector de *reislamización conservadora* de la sociedad. Es en este terreno -y no sólo en el del poder político- donde entrará en rivalidad con los movimientos islamistas.

*“El nacionalismo desempeñó un papel complementario y contradictorio con el sustrato religioso como base”*

Este período de las revoluciones estatales entra en crisis a partir de los años setenta. Una crisis multiforme: económica, política, cultural. El primer gran conflicto resulta en primer lugar de la derrota árabe de 1967 frente a Israel y a la estrategia americana en la región. Esta derrota marca el final para el nacionalismo árabe y abre la vía a la influencia del islamismo de Estado propulsado por Arabia Saudí. Aliado de la Unión Soviética, el nacionalismo árabe constituía la amenaza más peligrosa para Arabia Saudí, es decir, para un país que, dados sus recursos energéticos, tiene un papel clave para el mundo occidental. Dentro de la teoría del dominio de la época, la destrucción del nasserismo, que aparecía entonces como la punta avanzada del nacionalismo, se hizo inevitable (Corm, 1991; Rizk, 1992; Lacouture). Esta derrota desencadenó una crisis generalizada de los Estados-nación y puso en evidencia la debilidad interna del nacionalismo árabe. Este sufrió entonces un proceso de fragmentación en cadena, del que a su vez resulta un repliegue de cada país sobre su “nación” y una acentuación de la referencia religiosa en cada Estado con el fin de contener los primeros grandes movimientos de contestación popular. La guerra de 1973, al permitir a Arabia Saudí jugar un papel principal (el embargo sobre el petróleo y la subida espectacular de los precios del barril) profundiza este movimiento. El Estado se convierte entonces en el socio capitalista de la progresiva islamización del mundo árabomediterráneo, tanto a través de la influencia directa sobre los Gobiernos (caso de Egipto) como por la manipulación de los movimientos religiosos en la mayoría de países. Así pues, por un lado, el nacionalismo árabe cede de manera progresiva su lugar al islamismo nacionalista de Estado (Marruecos, Egipto) y, por otro, provoca la emergencia de una izquierda radical, en la estela del nacionalismo palestino, que engrosa las filas de los partidos cercanos al marxismo (comunistas y extrema izquierda) y de las fuerzas democráticas.

Otro aspecto de esta crisis del nacionalismo árabe es el retorno a la identificación étnica y cultural. Desde Irak a Marruecos, y allí donde constituyen minorías importantes, los movimientos culturalistas interiorizan la descomposición de este nacionalismo. Estas reacciones desembocan a menudo en el desarrollo de movimientos antiestatales con tendencias secesionistas que convienen, muchas veces, a

las potencias imperiales (véase cómo se ha “llevado” y se sigue “llevando” la cuestión kurda tras la guerra del Golfo) (Chevènement, 1995) y replantean con agudeza el problema de la nación. Los países del Magreb, sobre todo Marruecos y Argelia, se ven así virtualmente amenazados por la disidencia bereber que, debido a la lógica “etnicista” que la caracteriza cada vez más, amenaza con edulcorar la legítima reivindicación de la identidad cultural frente a un arabismo tan dogmático como inadecuado. En realidad, el diferencialismo cultural que recorre estos países no es más que un aspecto del problema global de la formación de la nación-Estado en el sur del Mediterráneo. Porque la crisis económica y social, que engendra la crisis del Estado, también afecta a la esfera cultural-identitaria. Pero el nacionalismo árabe de ayer, así como el islamismo o el culturalismo etnicista de hoy, no representan identidades surgidas de un proceso democrático de autoconstitución de estas sociedades. Sea el arabismo, el bereberismo o el islamismo, estas fijaciones identitarias, aunque estén profundamente arraigadas en las poblaciones correspondientes, en realidad aparecen sobre todo como ideologías de movilización política manejadas por élites en pos de poder -independientemente de un debate democrático sobre los fundamentos de la identidad de cada nación-Estado. El caso de Argelia nos sirve aquí de ejemplo: es un país donde, después de los ochenta, la cuestión central es la de la integración social de estratos excluidos de la sociedad. Pero esta cuestión no ha podido encontrar jamás, en el lenguaje de las élites, una expresión adecuada. En cambio, ha sido pervertida por retóricas de movilizaciones identitarias, a través del discurso nacionalista, religioso o culturalista. La razón es evidente: al prohibir la expresión de la contestación en el espacio político, el Estado empujaba a los actores a manifestarse en sectores paralelos; las mezquitas se convirtieron, de esta manera, en lugares de contestación radical (Rouadjia, 1992). En suma, en toda la ribera meridional, el Estado sólo ha dirigido la sociedad reproduciendo un proceso permanente de fragmentación de su entorno: sin un verdadero grupo dominante en su seno, rompe cualquier intento de organización de clase y favorece sistemáticamente mecanismos que contaminan la legalidad: corrupción, burocracia arbitraria, patrimonial-

lismo, etc. Detentor del monopolio de la identidad cultural, no duda en favorecer por el contrario la emergencia de tribalismos y microtribalismos identitarios para asegurar mejor su dominio<sup>2</sup>. En suma, en lugar de hacer posible la unificación de la sociedad por la vía de la gestión legal y democrática de los conflictos, el poder del Estado se empleó principalmente en producir disociación y diferenciación: entre las minorías dirigentes y las mayorías dominadas, entre la identidad colectiva abstracta y los identitarismos particularistas concretos, entre la religión oficial y las prácticas religiosas populares, entre los grupos sociales y los segmentos de grupo, etc. En una palabra: entre el propio Estado y la sociedad. Este sistema pudo durar no sólo porque el Estado dominaba los recursos económicos sino también porque tenía un papel en el entorno internacional, peón, a veces sin saberlo, en el juego de influencias Este-Oeste. Disponía de un apoyo exterior ambiguo que frecuentemente sustituía la ausencia de legitimidad interna. Apoyado por

Occidente o por el Este, el sistema político fue siempre dictatorial. A partir del momento en que el antagonismo Este-Oeste empezó a difuminarse, estos Estados sufrieron profundas conmociones; desde entonces se ven enfrentados con la realidad de su inserción en el sistema económico y político internacional. Y es precisamente en este contexto

*“El Estado se convierte en el socio capitalista de la progresiva islamización del mundo árabomediterráneo”*

cuando el nacionalismo árabe se disgregó para dar paso al crecimiento, a partir de principios de los ochenta, del islamismo religioso. Éste fue legitimado por la “revolución” iraní, constituyendo una especie de onda de choque en todo el mundo árabe musulmán y, más allá, en el mundo asiático. Queda en pie el hecho que no puede comprenderse por qué el islam juega tal papel si no se mira su historia y, sobre todo, su historia en relación con la modernidad occidental. Así, podríamos plantear tres preguntas: a) ¿por qué el islam se bloqueó y se plantó frente a la modernidad? b) ¿por qué lo instrumentalizaron las élites dirigentes en las sociedades árabomusulmanas reciente independizadas? c) ¿por qué asistimos hoy a la emergencia de un movimiento islamista radical, enfrentado al islam oficial?

## El bloqueo del islam

Evidentemente, no resulta fácil responder a la pregunta sobre el bloqueo del islam. Pero podemos por lo menos avanzar algunos elementos de reflexión definiendo lo que está en juego en el debate. Está claro que el islam no ha conocido, como el Cristianismo, la Reforma y que no ha tenido que rendir cuentas ni ante una profunda conmoción endógena de su sociedad, al ejemplo de Europa desde el siglo XVI, ni ante un cuestionamiento filosófico incansable y desestabilizador, similar a la desoxidación crítica surgida del humanismo occidental. En la civilización que se desarrolla desde el Renacimiento en Occidente, y que se extiende ineluctablemente hasta nuestros días a todo el planeta, el islam es menos un protagonista que una víctima potencial. No es que sufriera de esclerosis congénita en su sustancia: constituyó, como es sabido, una de las mayores civilizaciones que la humanidad haya engendrado (Lombard, 1987). Pero resulta evidente que la onda de la revolución cultural islámica, por razones complejas y múltiples, se agotó a partir del siglo XIV. Ello no impidió que en esa época surgiese del mundo árabomusulmán uno de los espíritus más destacados de todos los tiempos, Ibn Jaldún, precursor de Maquiavelo, Vico y Marx -aunque, al igual que Aristóteles, Dante o Cervantes, fuese más un espíritu que echaba una visión lúcida sobre el final de una época que un pensador entusiasta de la conquista y del futuro. La decadencia del islam correspondió a la de las propias sociedades árabomusulmanas y si el islam pudo, al menos en el espacio mediterráneo, perdurar fue esencialmente gracias a la formidable estructura de poder que constituyó el Imperio Otomano. Sabemos que la disgregación y, más tarde la destrucción de este imperio se produjeron en diferentes etapas. De la derrota de Lepanto (1571) hasta la revolución de Mustafá Kemal y la abolición del califato (1924) transcurren varios siglos durante los cuales se desarrolla una lenta agonía, jalónada por relaciones alternativamente simbióticas y conflictivas con Europa. Es sin embargo la colonización francesa del siglo XIX, centrada en el sur del Mediterráneo y apuntando más profundamente hacia África, la que, bajo pretexto de equilibrar y de contrarrestar la extensión oriental del imperio británico, pone fin a la autonomía del islam respecto a Occidente. Pero en lugar de provocar una derrota definitiva de la religión

musulmana, la nueva dominación de Francia engendra, como de rebote, un refuerzo del impacto del islam sobre su área de influencia tradicional. Ello no resulta paradójico más que en un primer momento. Es evidente en efecto que son las formas mismas con las que se desarrolló el encuentro las que permiten entender esta reacción: fue bajo la forma de la colonización, una colonización debida en gran parte a la República -inicialmente la primera, en Egipto con la aventura napoleónica, y luego la tercera, desde 1875. Porque sólo bajo la III República toma Francia conciencia de su papel colonial y define las categorías mentales a partir de las cuales va a actuar sobre su imperio. Ahora bien, aunque ciertamente la República sirvió las causas más bellas y más nobles, también fue desfigurada por aventuras inciertas. El descubrimiento, el apoderamiento y, finalmente, la dominación del mundo islámico mediterráneo constituye uno de los ejemplos más trágicos de ello. Más que en cualquier otra parte, el lastre del encuentro primordial pesa aquí sobre la historia de las relaciones entre el islam y la República. Porque el discurso republicano, laico y positivista, se presentó de entrada ante el mundo árabomusulmán bajo la forma -y con las férreas consecuencias- del sistema colonial. La relación de dominación total que resultó de él alteró irremediablemente la imagen y los valores de Occidente. Y ello, como es sabido, a pesar de las realizaciones y los progresos incontestables que la colonización pudo conllevar.

### El islam como instrumento de poder

Podemos avanzar diversos elementos de reflexión. Por una parte, conviene no olvidar que el islam -independientemente de todas sus diferencias internas- ha jugado históricamente un papel de identidad colectiva de base en sociedades sometidas al dominio occidental, incluso si, en el siglo XX, la descolonización, la independencia nacional de las sociedades árabomusulmanas no se llevó a cabo en ningún sitio *en el nombre* del islam. La paradoja -a la vez que el indicio real de la universalidad de las categorías de emancipación, independencia, Estado moderno y libertad- radica en el hecho que la liberación se ha desarrollado en nombre de valores surgidos de la retórica emancipadora del propio Occidente. Sin embargo, este nacionalismo laicizante se arraigaba, a veces a sabiendas y otras inconscientemente, en un fondo mental común

impregnado de mesianismo con connotaciones religiosas (Harbi, 1975 y 1984). Este fenómeno explica que la mayoría de los regímenes políticos surgidos de la descolonización, incluso cuando se oponían abiertamente a la intervención de la religión en los asuntos del Estado y de la esfera pública, nunca rompían claramente con la referencia religiosa. Prefirieron primero ocultarla -en la época de la ilusión lírica del socialismo-, después rodearla neutralizándola -en la época de los primeros desengaños del “desarrollo”- y, finalmente, instrumentalizarla como un arma de legitimización del poder -época actual, cuando el fracaso político-económico está comprobado en todas partes y cuando las ideologías laicas de emancipación quedan desfasadas en relación a estratos cada vez más numerosos, y cada vez más marginados, de la población.

Podemos llevar esta constatación aún más lejos: casi en todas las partes del mundo árabomusulmán, la referencia religiosa se ha convertido en norma de rigor en el comportamiento político. Pero ello no significa, como quieren hacer creer los integristas<sup>3</sup>, que el islam tenga una capacidad particular para dar salida a los problemas actuales; significa más bien que las élites y las capas que dominan estos regímenes políticos son estructuralmente incapaces de crear, por sí mismas, representaciones ideológicas y culturales, una idiosincrasia de vida, en fin, al que pudiera adherirse la mayoría de la población. En realidad, estas élites y capas dirigentes, a causa de su debilidad social, se ven obligadas a oscilar entre valores modernos prestados (por Occidente) y valores colectivos y tradicionales de base que no controlan ni asumen plenamente. Más exactamente: son incapaces de producir mediaciones ideológicas entre sus intereses y el sustrato profundo de su sociedad, al contrario, por ejemplo, del extraordinario trabajo de formación cultural que desarrolló la élite burguesa ilustrada occidental en el siglo XVIII. Se sirven pues del islam como de una ideología de legitimación ya arraigada en la conciencia colectiva. No se trata evidentemente de cualquier islam. En general -aunque nada indica que las cosas no vayan a empeorar- se hace referencia a un islam abierto y tolerante (aunque la profusión de los códigos de familia, que podríamos llamar más justamente *códigos de avasallamiento de la mujer*, contradiga esta reputación). Este islam racionalizado como ideología de Estado pretende a la vez suplir el déficit cultural de estas élites y

su incapacidad para afrontar las exigencias de modernización inherentes al proceso de mundialización, característico de este final de siglo XX.

Nos queda, finalmente, la cuestión de la disgregación contemporánea del islam, entre una visión más o menos modernizada, tolerante, y el integrismo islámico, conservador, reaccionario (y no sólo reactivo), e incluso con tendencias fascistas. Mientras en el interior de las sociedades árabomusulmanas los conflictos sociales, las contraposiciones de intereses, encontraban un marco de integración y de resolución potencial a través de los sindicatos y los partidos políticos -o mientras el partido único, caso clásico, era capaz de asumir estos conflictos- la contestación permanecía circunscrita a la esfera política; rara vez se deslizaba fuera del espacio secular de los conflictos. Pero lo que caracteriza a las sociedades árabomusulmanas contemporáneas, al igual que a la mayoría de países del Tercer Mundo, es precisamente el proceso de *desintegración de la cohesión social*, producido tanto por estrategias de “desarrollo”

brutales como por poderes políticos casi absolutos. Naturalmente, esta desintegración es desigual según

las diferentes formaciones nacionales; pero en todas partes la sociedad está desestructurada, dislocada. Estas características sin duda aparecían ya en dichas sociedades antes de su liberación nacional, pero esa desarticulación se acentuó

con las estrategias económicas puestas en marcha y con la emergencia de nuevas clases sociales

dirigentes. Aún más grave: los nuevos sistemas políticos y económicos, si bien permiten la integración de ciertas categorías sociales (clases medias, obreros urbanos, etc), producen igualmente de forma masiva la exclusión, la disociación, la diferenciación con respecto a capas cada vez más importantes de la población (sectores pobres del campesinado, *lumpen* urbano y, desde hace poco, ciertos sectores de las propias capas medias, como estudiantes, cuadros y técnicos). Estas capas, arrojadas fuera del sistema de integración, se encuentran en situación de anomia. Ya no sólo dejan de participar en el sistema de integración, sino que además se ven desfasadas, a causa de esta exclusión, en rela-

ción al sistema de normas dominante, al que ya no pertenecen y en el que ya no se reconocen. Perciben la retórica laica de la emancipación, al igual que el islam oficial del Estado, como discursos engañosos y opresivos del poder. Y por ello estas capas, excluidas del reino del hombre sobre la tierra, se acercan ahora al poder de Dios sobre los hombres. La contestación ya no será secularizada, laica; se convertirá en campo de batalla entre fieles e infieles, locos de Dios e hipócritas impíos. La idiosincrasia será mesiánica, anunciará el reino venidero de la perfección en la tierra, realización, por fin, del Corán.

### Un islam del desamparo

El integrismo religioso, al radicalizar a su manera (dogmática y autoritaria) el islam espontáneo del creyente desesperado, da coherencia y sentido a su revuelta, virtual o real. Este integrismo se convierte en la contrasociedad, la identidad refugio, el reverso perfecto de un mundo imperfecto. Por ello se aplica al mismo tiempo e igualmente tanto a la sociedad como al poder político, al sistema de costumbres como a las normas jurídicas que codifican el estatuto de las personas. Movimiento político a menudo dirigido por clérigos procedentes de las clases medias, el integrismo pretende arraigarse en lo profundo de la sociedad para oponer las bases a las jerarquías, los herederos de la miseria a los detentores del poder. Se trata de una especie de neofascismo, no sólo porque su nihilismo destructor lo asemeja a los fascismos europeos, sino también porque postula la misma concepción autoritaria del orden social, el mismo fanatismo ideológico, el mismo odio, al fin y al cabo, al derecho de las personas, a las organizaciones sindicales y a las políticas seculares del Estado. Pero es un neofascismo *religioso*, porque en lugar del fantasma del superhombre, de la raza superior, coloca a Dios en el centro de su prédica. Lo que nos interesa aquí es, por supuesto, menos el análisis del contenido de esta prédica que el hecho de que se produzca como una radicalización de la religión dominante. Volvemos así a nuestro punto de partida: una vez más, y al igual que en la época de la colonización, es la referencia religiosa, aunque bajo una forma aún más subversiva, la que está en juego en la batalla por la identidad que se desarrolla en el seno de un sistema disociado, de una sociedad dramáticamente dividida. Y una vez más, la seculariza-

*“El integrismo religioso se convierte en la contrasociedad, el reverso perfecto de un mundo imperfecto”*

ción objetiva de las funciones del Estado, la laicización de sus prácticas, aparecen ligadas, a los ojos de las poblaciones excluidas, al poder y a la opresión. ¿Significa ello que estas sociedades están condenadas a considerar su relación con la modernidad exclusivamente en el marco de la referencia religiosa? ¿Que la historia del mundo, que es la historia de la expansión ahora ya universal del modelo occidental, se deslizará sobre ellas, como una ligera brisa sobre acantilados de mármol? Nada, en el fondo, afianza tales hipótesis, ya que lo que muestran tanto la historia de la colonización como la de estos nuevos Estados independientes es menos la permanencia de una identidad irreductible, reprimida en las entrañas del pueblo y ansiosa por realizarse, que la recurrencia fatal y repetitiva de reacciones *sociales* que sólo encuentran, una vez más, su lenguaje en un islam del desamparo.

### Notas

1. Esto es también válido para Marruecos, cuyo parlamentarismo ha estado siempre limitado por las prerrogativas reales.
2. En Argelia, el Estado utilizó, de este modo, con mucha sutileza las oposiciones entre bereberes. Véase el juego de los servicios de seguridad entre la Agrupación por la Cultura y la Democracia y el Frente de Fuerzas Socialistas.
3. Y aquellos que toman inocentemente al pie de la letra sus discursos, como François Burgat en *L'Islamisme au Maghreb* (Paris: Karthala, 1988) obra que, por otra parte, contiene informaciones útiles.

### Referencias bibliográficas

- Chevènement J.-P. (1995) *Le Vert et le Noir, intégrisme, pétrole, dollar*. Paris: Grasset.
- Corm, G (1991) *L'Europe et l'Orient: de la balkanisation à la libanisation*, Paris: La Découverte; (1992) *Conflits et identités au Moyen-Orient: 1919-1991*, Paris: Arcantères; (1991) *Le Proche-Orient éclaté*, Paris: Gallimard.
- Harbi, M. (1975) *Aux origines du FLN*. Paris: Bourgois. y (1984) *1954: La guerre commence en Algérie*. Paris: Complexe.
- Lacouture, J. *L'Égypte en marche y Nasser*, Paris: Editions du Seuil. Dos libros clásicos con un punto de vista muy documentado,
- Lombard, M. (1987) *L'Islam dans sa première grandeur*. Paris: Flammarion.
- Rizk, Ch. (1992) *Les arabes ou l'histoire à contresens: le monde arabe aujourd'hui*, Paris: Albin Michel; (1983) *Entre l'Islam et l'Arabisme: les Arabes jusqu'en 1945*, Paris: Albin Michel.
- Rouadjia, A. (1992) *Les Frères et la mosquée*. Paris: Karthala.

## En busca de la cooperación y la seguridad en el Mediterráneo o el “espíritu de Barcelona”

Esther Barbé  
Catedrática de Relaciones Internacionales.  
Directora del Centre d'Estudis sobre la Pau,  
Universitat Autònoma de Barcelona.  
Profesora de la Fundació CIDOB.

La ciudad de Barcelona fue escenario en 1995 (27 y 28 de noviembre) de la Conferencia Euromediterránea, organizada por la presidencia (española) de la Unión Europea (UE). Nos hallamos ante un encuentro diplomático que ha merecido múltiples calificativos. De todos ellos se pueden destacar tres. Lo que nos lleva a hablar de una conferencia histórica, simbólica y oportuna. Histórica, dado que por primera vez se produce un encuentro de este tipo: los quince ministros de Asuntos Exteriores de la Unión Europea y sus doce socios mediterráneos<sup>1</sup>. Simbólica, a causa de la presencia conjunta, a nivel ministerial, de Siria y de Israel en un marco multilateral. Lo que no sucedía desde la Conferencia de Madrid (1991). No es extraño, por tanto, que ese encuentro fuera, a la vez, fuente de esperanza, por lo simbólico del mismo en relación con el proceso de paz en Oriente Medio, y de temor, por el impacto negativo que las diferencias sirio-israelíes pudieran tener sobre la operación euromediterránea puesta en marcha por la UE. Oportuna, ya que como señaló uno de los responsables españoles del proyecto euro-mediterráneo, “la conferencia se celebra en uno de esos momentos críticos de todo gran proyecto político. Si los participantes en Barcelona no están a la altura de esta cita histórica, si no son capaces de comprometerse plenamente, haciendo suyo el *carpe diem* latino, se perderá esa oportunidad óptima de abrir una ventana de esperanza en esta región” (Moratinos, 1995). Una región que, por otra parte, el Consejo Europeo de Essen (diciembre de 1994) calificó de “zona prioritaria de importancia estratégica para la Unión Europea” (Conseil, 1994), en consonancia con las orientaciones adoptadas por el Consejo Europeo de Lisboa (junio de 1992) para determinar las regiones que generan intereses comunes entre los miembros de la UE. Para identificar dichas regiones se apuntaban tres factores: la proximidad geográfica, el interés en la estabilidad política y económica de dichas regiones o países y la existencia de amenazas a los intereses de seguridad de la Unión (Informe, 1992). Mientras la vecindad *va de soi*, la vinculación entre desigualdad Norte-Sur y seguridad occidental, pregonada durante más de una década por los analistas de la seguridad global (Buzan, 1991), no se ha evidenciado para las cancillerías europeas, en el caso de la región mediterránea, hasta la transformación del malestar social del Sur en fenómeno islamista (caso argelino). El propio Consejo Europeo de Essen expresó su “inquietud frente al progreso de las fuerzas extremistas e integristas en varios países del norte de África” (Conseil, 1994). En ese sentido, pues, la búsqueda por parte de Bruselas de la cooperación y la seguridad en el Mediterráneo, mediante la asociación euromediterránea, es una

apuesta por el desarrollo de grandes bloques comerciales (30 países y más de 800 millones de personas pueden conformar el área euromediterránea a principios del siglo XXI) y una baza en favor de la seguridad europea, en un sentido amplio (droga, marginación social de la inmigración, terrorismo, calidad medioambiental, etc.).

### El Mediterráneo en las organizaciones europeas

La dimensión mediterránea de la seguridad europea, en términos de diálogo y de cooperación, no es una novedad de la posguerra fría, tal como nos demuestra el proceso de la CSCE (Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa) (Sainz, 1995), pero es en el mundo de la posguerra fría y de la posguerra del Golfo donde ocupa un lugar destacado en la agenda europea. Así, antes de centrarnos en el diseño de la política mediterránea impulsada por los Doce/Quince a partir de 1992, hay que apuntar que las organizaciones tradicionales (militares) de seguridad

han puesto en marcha, desde las mismas fechas, diálogos políticos con los

países de la orilla sur del Mediterráneo. La vinculación entre organizaciones europeas y mundo mediterráneo es defendida tanto desde la Unión Europea Occidental (UEO), ya en la Declaración de Petersberg de junio de 1992, como desde la OTAN (Organización del

Tratado del Atlántico Norte) en el Consejo Atlántico de Bruselas en

enero de 1994. La UEO ha puesto en marcha una política de diálogos individuales con cuatro países del Sur (Marruecos, Túnez, Mauritania y, más tarde, Egipto). El objetivo esencial de dichos diálogos ha sido la creación de medidas de confianza para la región (medidas Norte-Sur y medidas Sur-Sur). En ese sentido, la UEO está interesada prioritariamente en la, hoy por hoy, difícil seguridad en la región magrebí. A las dificultades intramagrebíes se ha sumado la desconfianza en la región hacia las transformaciones militares de los últimos años (orientación hacia el Sur) de sus vecinos europeos (España, Francia, Italia) (Faria, 1994). La idea del diálogo político también ha sido adoptada por la OTAN. En ese sentido, el Consejo Atlántico decidió, en

enero de 1995, la puesta en marcha de un diálogo político con cinco países de la región (Egipto, Marruecos, Túnez, Israel y Mauritania). Los objetivos genéricos se solapan con los de la UEO (crear confianza y estabilidad política). Sin embargo, los países participantes (véase Israel) nos muestran que la OTAN presta igual, si no más, atención al escenario de Oriente Medio respecto del magrebí. En cualquier caso, ni la OTAN ni la UEO han pensado, ni por un momento, en crear una maquinaria para el Sur equivalente a la creada para el Este (Consejo de Cooperación del Atlántico Norte, Asociación por la Paz, países asociados de la UEO).

Ahora bien, la idea de la simetría Este-Sur sí ha jugado un papel destacado en la reformulación<sup>2</sup> por parte de la UE de su política mediterránea. El interés por el Mediterráneo, apuntado por el Consejo Europeo de Lisboa (junio 1992) y traducido en una serie de proyectos (área de acciones comunes para la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC), área de libre comercio euro-magrebí), va a dar un paso hacia delante a partir del Consejo Europeo de Corfú (julio 1994). En la isla griega se puso en marcha la maquinaria comunitaria (mandato al Consejo de Ministros y posterior comunicación de la Comisión) que debía integrar la idea antes apuntada: la reformulación de una política mediterránea a partir del modelo aplicado al este de Europa. En ese sentido circulaban informaciones por Bruselas, según las cuales, “Francia y España están de acuerdo sobre la necesidad de que la Unión Europea mantenga la proporción en su apoyo a los países de Europa Central y Oriental, por un lado, y a los países mediterráneos (magrebíes, en particular), por otro. Según fuentes diplomáticas, España sería favorable a una fórmula de Programa PHARE (Polonia y Hungría: Acción para la Recuperación Económica), mediterráneo” (*Europe*, 1994). Una serie de fórmulas se manejan para crear dicha simetría: Espacio Económico Europeo, Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo (BERD), Plan PHARE, Pacto de Estabilidad. Esa filosofía -el carácter simétrico del Sur con respecto al Este, a excepción de la adhesión- subyace en la comunicación que la Comisión hizo pública en octubre de 1994. En la misma se trazan las líneas de lo que debería ser la asociación euromediterránea: “el avance hacia una zona euromediterránea de paz y de estabilidad debería iniciarse mediante un diálogo político basado en el respeto de la

*“En el mundo de la posguerra fría, la dimensión mediterránea de la seguridad europea ocupa un lugar destacado en la agenda europea”*

democracia, del buen gobierno y de los Derechos Humanos. El diálogo debería extenderse a los temas de seguridad, conduciendo a la introducción de medidas para consolidar la paz”.

En la esfera económica, la Comunidad debería promover, en el marco de la Organización Mundial del Comercio, el libre comercio con cada uno de los socios mediterráneos, lo que llevaría a dichos países a embarcarse en un proceso de modernización de sus economías y de mayor competitividad. Este proceso requerirá una larga transición y la voluntad de la Comunidad para ofrecer todo tipo de ayuda, especialmente en términos de ayuda para los ajustes estructurales y para la reestructuración económica. A largo plazo, todo ello llevará a la creación de la zona de libre comercio más grande del mundo, cubriendo la Comunidad ampliada, los países de Europa Central y Oriental que no se hayan adherido y todos los países mediterráneos no miembros. Más allá del libre comercio, la Comunidad debería prepararse para definir junto con los países mediterráneos un amplio espectro de áreas de cooperación. Entre otras, cooperación industrial, energía, medio ambiente, tecnologías de la comunicación y de la información, servicios, capitales, ciencia y tecnología, cooperación descentralizada, tráfico de drogas, inmigración ilegal y turismo” (Comisión, 1994). El Consejo Europeo de Essen (diciembre 1994) avaló las ideas de la Comisión y lanzó, en palabras de Jacques Delors, un *message fort* a sus vecinos del Sur. En este sentido, Essen dio el visto bueno a la celebración de la Conferencia de Barcelona, primera etapa de un proceso con finalidades ya precisadas: área de estabilidad en el Mediterráneo, incorporación de los socios mediterráneos al bloque comercial liderado por Europa Occidental y creación de redes de cooperación afectando a todas las dimensiones de la vida económica, política y social. En otras palabras, el compromiso de los Quince con los socios del Mediterráneo, asumido en Essen, suponía un “gesto político” (Barbé, 1995) con consecuencias a largo plazo. La preparación de la Conferencia Euromediterránea y los resultados de la misma, dentro de esa lógica de proceso a largo plazo, constituyen sendos síntomas del estado de salud de la cooperación y la seguridad en el Mediterráneo.

#### Quién, qué y cómo: las grandes incógnitas

¿Qué se va hacer en Barcelona? El propio Consejo de la Unión precisó a lo largo de 1995 que “el hecho de participar en la Conferencia de

Barcelona tiene como única significación la de una adhesión a los principios que subyacen en la Asociación Euromediterránea” (Posición, 1995). Así, la Conferencia asume una función privilegiada: la adopción, de modo solemne, de una declaración de principios. Lo que, en términos diplomáticos, aproxima el proceso de Barcelona al de Helsinki. En otras palabras, el proceso que debe poner en marcha la reunión de Barcelona asume algunas de las aspiraciones del proyecto de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en el Mediterráneo (CSCM). Se puede establecer una cierta continuidad entre ambos (Blanc Altemir, 1995). Desde la perspectiva de comprometerse en la creación de un marco económico multilateral, lo anterior resultaba insuficiente. En ese sentido se manifestó, por ejemplo, el Comité Económico y Social de la Comunidad, para quien “la posición negociadora de la UE aprobada por el Consejo Europeo asigna a la Conferencia Euromediterránea el único objetivo de elaborar un documento común sobre los tres principales aspectos de la Asociación, haciendo una vaga referencia a la celebración de un acuerdo multilateral” (Comité, 1995). El bajo nivel de compromiso en términos económicos multilaterales será una evidencia a lo largo de todo el proceso de preparación de la Conferencia. En realidad, lo que se prepara es un marco en el que inscribir futuros acuerdos bilaterales (Túnez es el país más avanzado en ese proceso), que vayan dando entidad a la zona euromediterránea de libre comercio, y capaz de convertirse en un espacio de diálogo. Para ello es preciso, de entrada, establecer principios comunes de comportamiento. Declaración de principios, libre comercio y diálogo político constituyen las tres patas de la asociación euromediterránea. En palabras de Felipe González, “este diseño de nuestro trabajo en común tiene tres pilares: político, económico y humano. Los tres están llamados a reforzarse mutuamente y resultan indisolubles, pues la exclusión de uno de ellos afectaría a los otros de manera irreversible” (González, 1995). Esta insistencia en los tres pilares y la formulación de los mismos, así como su carácter indisoluble, no hacen sino recordar una vez más la metodología CSCE/CSCM.

La Declaración de Barcelona -el producto básico (el qué) de la Conferencia- va a tener una gestación y un parto difíciles. Ello nos obliga a revisar el cómo de la preparación de dicho texto. El gesto político de Essen puso en marcha la

maquinaria. Así, en marzo, la Comisión elaboró una nueva comunicación -COM (95) 72- que fue presentada por el vicepresidente Manuel Marín como un intento para adaptar al Sur el modelo aplicado en el Este. Dos razones fueron esgrimidas: interdependencia<sup>1</sup> y seguridad. Las orientaciones de la Comisión, más el trabajo sobre los aspectos políticos y de seguridad realizado en el marco de la PESC, constituyen la base de un informe de síntesis adoptado por el Consejo (10 de abril). En base a dicho informe, la *troika* comenzó sus contactos con los socios mediterráneos. El citado informe partía de una idea ya apuntada: la voluntad de los Quince de complementar la política hacia el Este con una política hacia el Sur, por razones de coherencia geopolítica (Síntesis, 1995). El informe establece la sistemática ya citada (temas políticos y de seguridad, económicos y financieros y, finalmente, sociales y humanos). Una vez definida la sistemática, el informe establece una cuestión previa: la diferenciación entre la Asociación Euromediterránea y el proceso de paz de Oriente Medio. En ese sentido,

la UE define su proyecto en negativo: ni un foro para la resolución de conflictos, ni un marco en el que

abordar el tema de Oriente Medio. En ese sentido, la Asociación se define como complementaria con “otras acciones e iniciativas en favor de la paz, de la estabilidad y del desarrollo de la región” (Síntesis, 1995).

Dos ideas parecen claras en el proyecto de la UE: el proyecto tiene una voluntad global (multidimensional y regional) pero, en

ningún caso, exclusiva. Al contrario, el Mediterráneo es en términos diplomáticos un espacio de geometrías variables. Idea que la UE tiene muy clara cuando se trata de Oriente Medio, donde los Quince están jugando un papel de acompañamiento financiero-técnico en el proceso de paz (presidencia del *Regional Economic Development Working Group of the Middle East Process*, organización de elecciones en los territorios ocupados, cooperación económica) junto al actor diplomático por excelencia, Estados Unidos. Una vez establecida la sistemática y las cuestiones previas, el proceso de negociación se va a suceder durante varios meses. En el caso europeo hay que apuntar que el equipo negocia-

dor está motivado. Las dos presidencias del año son mediterráneas (Francia y España) y las sucesivas *troikas* (la primera con Alemania, Francia, España y la segunda con Francia, España e Italia) se ven favorecidas por el componente mediterráneo. El hecho de que el socialista español Manuel Marín sea el responsable del tema en la Comisión favorece el trabajo de la presidencia española. Durante once meses se lleva a cabo un trabajo continuado: la UE creó un grupo de relectura para ir perfilando el documento de Barcelona; la *troika*, bajo presidencia francesa, realizó múltiples viajes a los países del Sur; la presidencia española optó por celebrar varias reuniones en Bruselas de la *troika*, o de los Quince, con los países mediterráneos no comunitarios (24 de julio, 5-6 de octubre, 24-25 de octubre y 13-15 de noviembre). La Declaración de Barcelona y el programa de trabajo anejo son el centro de atención. A pesar de los once meses de preparación, la Conferencia de Barcelona se inicia sin que exista todavía un texto consensuado y definitivo. Así, una semana antes de la Conferencia aún quedaban pendientes de acuerdo una serie de temas que afectaban a todos los ámbitos de la Declaración (político, económico y humano): “formulación del derecho de los pueblos a la autodeterminación, problema de la no proliferación, diálogo sobre la deuda, formulación para la eliminación progresiva de obstáculos tarifarios y no tarifarios (especialmente para los productos agrícolas y para las “personas físicas necesarias para la prestación de servicios”); cláusula de readmisión para los inmigrantes ilegales, denominación del Comité que se encargará de asegurar la continuación de la Declaración” (*Europe*, 1995a).

### Un proyecto europeo y limitado

Uno de los problemas que ha de afrontar la organización de la Conferencia es la elaboración de la lista de participantes. En otras palabras, quién va a estar presente en Barcelona. El Consejo Europeo de Essen identificó a los socios mediterráneos (participes en la futura Asociación) como los once países, más la Autoridad Palestina, que tienen acuerdos con la UE. Lo que daba paso a un ejercicio a 27 (15 + 12) “genuinamente” europeo. Esa cuestión previa se enfrenta a varios problemas, como, por ejemplo, la voluntad expresada por Estados Unidos, Rusia y algunos países del Golfo de estar presentes en Barcelona. Ahora

*“Declaración de principios, libre comercio y diálogo político constituyen las tres patas de la asociación euromediterránea”*

bien, el tema más conflictivo fue el de la presencia libia. Por una parte, los países de la Unión del Magreb Árabe (UMA) habían tomado una actitud común (junio 1995) indicando la conveniencia de que Libia fuera asociada al proceso y, por otra parte, la UE había adoptado una posición común, en el marco de la PESC, como condena del apoyo libio a actos terroristas<sup>3</sup>. La actitud de Francia y Gran Bretaña respecto de la no participación de Libia fue tajante frente a la actitud más flexible de España. Libia, por su parte, renunció a finales de octubre a solicitar su participación en el encuentro de Barcelona, calificándola de “gran traición” y de “complot” (*Europe*, 1995b). En sentido contrario, se temió por la no presencia en la ciudad condal de algunos de los 12 socios. Así, Siria y Líbano se mostraron recelosos ante el temor de que el encuentro euromediterráneo jugara las veces de caballo de Troya, obligándolos a tratar el proceso de paz junto a Israel. Marruecos, por su parte, insistió en vincular su presencia al reforzamiento bilateral del proceso de Barcelona. Los recelos marroquíes podrían ser el motivo del único cambio que sufrió el informe de síntesis antes citado. En la versión que el Consejo adoptó el 29 de mayo, presentado como “posición europea” al Consejo Europeo de Cannes, se había incluido el siguiente párrafo: “Los acuerdos bilaterales existentes y las negociaciones en curso de cara a la conclusión de acuerdos de nueva generación permitirán salvaguardar, es más, acentuar la especificidad de cada una de las relaciones bilaterales en el marco del nuevo cuadro multilateral” (Posición, 1995). De este modo se explicita un eje básico de la nueva asociación (relaciones bilaterales dentro de un cuadro marco multilateral) y se dan garantías a aquéllos que gozan o pretenden gozar de relaciones privilegiadas, como el caso de Marruecos o de los futuros miembros (Chipre y Malta). Las demandas de participación señaladas, así como el tema libio llevaron a que se barajaran diversas posibilidades (invitados, observadores, presencia de organizaciones árabes representadas por un libio, etc.). La actitud más abierta de España chocó con la posición francesa (deseosa de incluir en el proceso, al margen de los 27, sólo a Mauritania). El tema se solucionó siguiendo la orientación de Essen y convirtiendo la Conferencia en un proyecto limitado y “genuinamente europeo”. La decisión final fue adoptada por el Consejo de Asuntos Generales (31 de octubre): los 27 más la UE como participantes; Mauritania, la UMA y la Liga Árabe podían estar presentes en

las sesiones públicas; y, finalmente, se creaba una tribuna diplomática abierta a los países deseosos de seguir los debates (países de Europa Central y Oriental, Estados Unidos y Rusia, entre otros). Dentro de la lógica de creación de grandes bloques comerciales, la UE seguía la política excluyente antes practicada por Estados Unidos (propuestas, en las cumbres de Miami y de Yakarta (1994), de zonas de libre comercio para el continente americano y para la región Asia-Pacífico).

#### Agenda económico-social-humana

La Conferencia de Barcelona se inauguró, como estaba previsto, con 27 Estados, más la Unión Europea, sentados alrededor de la mesa. Dos pilares de la Declaración, el económico-financiero y el socio-cultural-humano, fueron ultimados, ya en Barcelona, en las reuniones previas a la inauguración oficial de la Conferencia. El tercer pilar (político y de seguridad) tuvo en suspenso, por falta de acuerdo, el acto de clausura y, con él, el éxito de toda la operación.

La agenda económico-financiera es la más desarrollada, tanto en términos de Declaración como de Programa de Trabajo (documento anejo). Dos ideas dominan el objetivo de ese pilar -creación de una zona de prosperidad compartida-: la creación de un área de libre comercio, a partir de la firma de acuerdos bilaterales de la UE con sus socios del Sur, y la instrumentación de una cooperación adecuada, partiendo de un aumento sustancial de la asistencia financiera de la UE. En este último punto hay que señalar que la prueba de fuego sobre la voluntad de los Quince de asistir financieramente de modo adecuado a sus socios del Sur se había vivido ya, durante el Consejo Europeo de Cannes (junio 1995). La propuesta de la Comisión (dotar de 5.500 millones de ECU (Unidad de Cuenta Europea) el paquete financiero para los países mediterráneos durante el período 1996-2000) se vio reducida (4.685 millones de ECU). En términos políticos, sin embargo, el paquete aprobado para los países mediterráneos se puede considerar un éxito. En efecto, la actitud de algunos Gobiernos (España, de modo destacado) pone de manifiesto la fractura Este-Sur entre los Quince. Frente a la preferencia de algunos países, liderados por Alemania, de seguir con la lógica aplicada en el período anterior (1992-1995) de dedicar un ECU al Sur por cada cinco dedicados al Este; España presionó para variar esa ratio. El resulta-

do final (3,5 al Sur por cada 5 al Este) es positivo. También hay que apuntar que era la “última oportunidad” del Sur frente a un Este que en la primera década del siglo XXI hará las veces de España, Grecia y Portugal en los años ochenta (nuevos socios pobres que absorben recursos antes destinados a la ayuda exterior). Las demandas del Sur en materia económico-financiera, una vez asumido el objetivo central de la UE (zona de libre comercio a partir de acuerdos bilaterales) se habían centrado en tres temas: abordar la cuestión de la deuda, conseguir mayores compromisos financieros por parte de la UE y abrir un espacio para los productos agrícolas en la zona de libre comercio. Las presiones (egipcias), de última hora, llevaron a que en la Declaración se introdujera una mención a “las dificultades que puede acarrear la cuestión de la deuda”, acompañada de la voluntad de debatir sobre el tema, y se incluyera que “se liberalizará progresivamente el comercio de productos agrarios mediante un régimen de acceso preferente recíproco entre las partes” (Barcelona, 1995). El Programa de Trabajo relativo

a los aspectos económicos es el más abultado y detallado. La existencia

de financiación (paquete financiero aprobado en Cannes) y de instrumentos como el Programa MEDA (Ayuda Mediterránea) parece dar contenido a los primeros encuentros. Así, algunos temas -agua, energía, desertificación o medio ambiente- ya serán motivo de reuniones sectoriales en 1996. La UE

es, sin embargo, consciente de los riesgos que comporta la participación

de países del Sur en una zona de libre comercio. En ese sentido, Túnez, Marruecos e Israel, firmantes durante 1995 de nuevos acuerdos de asociación que abren la vía al libre comercio, serán los “primeros laboratorios” (desmontar aranceles, afectar negativamente a la pequeña industria local). Hay que esperar, sin embargo, para ver cómo se desarrollan estos procesos. En ese sentido, es significativo que el acuerdo firmado con Túnez sea extremadamente prudente (lentitud del proceso, posibilidades de marcha atrás en momentos difíciles, etc.). Sin duda, el impacto negativo en términos sociales es una gran preocupación. El hecho de que el Norte mantenga sus trabas proteccionistas tradicionales (agricultura,

textil) ha sido muy criticado, así como la actitud no efectiva en materia de deuda u otros aspectos. Así, según Núñez y Khader (1995), “poca atención se presta a cuestiones como el intercambio del conocimiento y la transferencia de tecnología y de know how, fundamentales para lograr una reducción real de las disparidades existentes. Otros temas, como la deuda externa, quedan fuera de la Asociación Euromediterránea, cuando está claro que esta losa niega de forma insoslayable la posibilidad de romper el círculo del subdesarrollo al que están condenados los países mediterráneos no comunitarios. Sin soluciones en este aspecto no es posible imaginar un horizonte optimista para esta zona. Por ello, la UE, que concentra más del 50% de la deuda total de estos países, debe decidirse a desbloquear la situación”. En términos económico-financieros, pues, el ambiente es prudente y realista. No hay duda de que los temas a abordar en el futuro serán muchos y delicados (la zona de libre comercio puede convertirse en el “chivo expiatorio” del malestar social en el Sur).

El pilar social, cultural y humano del proceso de Barcelona es un apartado menor respecto del anterior. Hasta cierto punto debería ser un complemento, pero lo cierto es que se centra en una serie de recursos retóricos (diálogo entre culturas y civilizaciones) y reenvía los temas delicados al Programa de Trabajo, sin orientación precisa de partida. Hay que recordar que en este apartado, los países del Sur habían reclamado la libre circulación de personas en el marco euromediterráneo, mediante la eliminación de visados, para dar contenido real a la propuesta europea de diálogo entre “sociedades civiles” de las dos orillas. De modo genérico, este tercer pilar, presentado como “desarrollo de los recursos humanos, fomento de la comprensión entre las culturas y de los intercambios entre las sociedades civiles”, ha tenido que vencer el recelo de los países árabes, molestos con la percepción en términos de seguridad que los europeos tienen de los problemas sociales en el Sur. Tras varias redacciones, justo antes de la Conferencia, se salvó el último escollo relativo a la inmigración clandestina. El deseo de la UE de que los países de origen readmitan a sus nacionales, se saldó con una fórmula que reenvía a acuerdos bilaterales. Así, “los asociados conscientes de su responsabilidad en materia de readmisión conviene en adoptar mediante acuerdos o arreglos bilaterales, las disposiciones y medidas oportunas para la readmisión de sus nacionales que se encuen-

*“La UE define su proyecto en negativo: ni un foro para la resolución de conflictos, ni un marco para abordar el tema de Oriente Medio”*

tren en situación ilegal” (Barcelona, 1995). Tanto en el tema de la inmigración ilegal, como en el tema del terrorismo o del tráfico de drogas, el Programa de Trabajo establece reuniones periódicas de funcionarios y apunta la necesidad de tomar en consideración la diversidad de situaciones de un país a otro en relación a dichas cuestiones. Este apartado, como el de política y seguridad, es ilustrativo de las sensibilidades diferentes, y con ellas de las interpretaciones diferentes. Así, el Sur hace mencionar de modo explícito, dentro de un apartado genérico sobre derechos sociales fundamentales, el derecho al desarrollo; pero hace desaparecer el término de demográficas cuando se hace mención de políticas que han de hacer frente al desafío que supone la actual evolución demográfica en términos de despegue económico. De ahí que el auténtico motor de una zona euromediterránea parta del mundo social, de la creación de un mundo de valores compartidos. El programa de trabajo en esa dirección se encuentra con un problema básico. Se trata de la escasez de recursos (300 millones de ECU en la asignación de ayuda financiera decidida en Cannes) que plantea dudas sobre la auténtica voluntad de la UE en este terreno (Núñez y Khader, 1995).

### Agenda política y de seguridad

El pilar político y de seguridad de la Declaración de Barcelona, que perseguía la definición de un espacio común de paz y estabilidad, se convierte, como era de esperar, en la prueba de fuego de la Conferencia. A pesar de las cuestiones previas -distinguir entre la asociación euromediterránea y el proceso de paz en Oriente Medio-, lo cierto es que la reunión de Barcelona se vio “contaminada” por los problemas de Israel con sus vecinos (Siria y Líbano). El ministro argelino (portavoz del grupo de países árabes en la Conferencia) mostró el malestar generalizado por dicha contaminación. No en vano, los discursos más esperados en la sesión inaugural eran los de los ministros de Israel y de Siria. La oferta pública de paz del ministro israelí fue respondida por su homólogo sirio con una referencia a la retirada total israelí de los Altos del Golán. Los intentos del ministro Solana de acercar a los dos interlocutores chocaron con una actitud inflexible (reservar el proceso de paz al foro de negociación liderado por Estados Unidos). Los problemas con los que se iba a toparse el texto de Barcelona ya eran cono-

cidos, tras once meses de negociaciones. Poco a poco se habían ido limando, si exceptuamos una serie de cuestiones muy propias del escenario de Oriente Medio. A pesar de los encuentros realizados durante las sesiones de la Conferencia (múltiples negociaciones nocturnas entre altos funcionarios), no se pudo consensuar una redacción. Así, en el momento de iniciarse la sesión de clausura aún quedaban tres puntos de desacuerdo: 1) la formulación de una referencia al derecho de los pueblos a la autodeterminación; 2) la no proliferación de armas nucleares; y 3) la lucha contra el terrorismo. Los tres temas enfrentaban a Israel con los países árabes, de modo genérico en el tema de las armas nucleares, mientras que Líbano y Siria incidían en los otros dos temas vinculándolos a la integridad territorial. Las diferencias en estos temas estaban a punto de hacer fracasar el proceso de Barcelona. La no adopción de un texto hubiera sido simbólicamente negativo. No olvidemos que Barcelona era más gesto político que compromiso vinculante. La solución vino de la mano de la presidencia española, que adoptó una posición de fuerza. Con el acuerdo de todos los socios de la UE, el ministro español presentó, como ultimátum, el texto que finalmente se adoptó. El país que no lo aceptara asumía la responsabilidad del fracaso de la Conferencia. Tanto Israel como Siria, disconformes en algunos puntos, acabaron por aceptar el texto. El ministro español junto al ministro argelino y al vicepresidente de la Comisión, Manuel Marín, dieron a conocer el texto dos horas más tarde de lo esperado, insistiendo en que el mismo se había adoptado sin firma y por unanimidad, sin ninguna reserva. A pesar de esas primeras informaciones, tanto Israel como Líbano hicieron llegar a la presidencia española, oralmente y por escrito, interpretaciones del texto adoptado. Dadas las incompatibilidades entre las partes, la redacción de los tres temas conflictivos despierta reticencias de unos y otros. En el caso de la formulación de la autodeterminación, por ejemplo, será evidente el disgusto de Israel ante lo siguiente: “respetar la igualdad de derechos de los pueblos y su derecho a la autodeterminación, actuando en todo momento de conformidad con los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas y con las normas pertinentes del derecho internacional, incluidas las relativas a la integridad territorial de los Estados, tal como se refleja en los acuerdos entre las partes interesadas” (Barcelona, 1995). El tema del territorio también aparece en la parte intro-

ductoria de la Declaración, con disgusto para Israel, en la que se menciona el principio “tierra a cambio de paz”. Siria insistió, sin conseguirlo, en vincular derecho de autodeterminación y lucha legítima contra ocupantes territoriales. Israel, por su parte, no estaba de acuerdo con vincular derecho de autodeterminación e integridad territorial, a causa del sur del Líbano y de los palestinos. En lo que respecta al tema de la lucha contra el terrorismo no se recogió el deseo sirio de hacer una salvedad relativa a la lucha contra los ocupantes de un territorio. Turquía, junto a otros países, bloqueó toda redacción en ese sentido. Así, la Declaración recoge que los países se comprometen a “consolidar la cooperación para prevenir y combatir el terrorismo, en particular mediante la ratificación y aplicación de los instrumentos internacionales por ellos suscritos, la adhesión a dichos instrumentos y la aplicación de cualquier medida adecuada” (Barcelona, 1995). El tema de la no proliferación comportó la redacción de un texto amplio en el que se combinan varias ideas, sin compromisos en firme: 1) la adhesión al TNP (Tratado de No Proliferación nuclear), aplicable a Israel, e impulsada por Egipto; 2) la mención de otros acuerdos de control de armamento (químico o biológico) que afectarían a algunos países árabes que se niegan a firmarlos para contrarrestar la capacidad nuclear del Estado israelí; y 3) el esfuerzo para “lograr una Zona de Oriente Medio, recíproca y eficazmente verificable, libre de armas de destrucción masiva, nucleares, químicas y biológicas y de sus sistemas vectores” (Barcelona, 1995). De este modo se verían implicadas en el proceso tanto Irak como Irán, condición israelí para acceder a un proceso de desnuclearización. Vistas las dificultades en materia política y de seguridad no es de extrañar que el Programa de Trabajo de este apartado sea el más reducido, hablándose de modo genérico, sin precisión alguna, de diálogo político que permita a las partes estudiar los medios y los métodos más apropiados para llevar a la práctica los principios de la Declaración. De ahí, por tanto, que sea una paradoja que el texto de la Declaración recoja una referencia a la posibilidad de establecer un Pacto Euromediterráneo en el marco de creación de un área de paz y estabilidad. La propuesta, de origen francés, no quedó clara. En un principio (primeros meses de 1995) se había hablado de un ejercicio similar al Pacto de Estabilidad aplicado a Europa Central y Oriental (acción común de la UE), pero el propio ministro francés, Hervé de

Charette, negó tal idea expresamente en Barcelona. Ése es, sin duda, uno de los “cabos sueltos” de la Declaración.

### El muro imposible

La Declaración de Barcelona se ha convertido en un punto de referencia. Su existencia, de entrada, no ha cambiado nada. Hasta cierto punto, las decisiones importantes del año 1995 en materia de relaciones euromediterráneas han sido los acuerdos de Cannes o los acuerdos bilaterales firmados con Túnez, Israel, Marruecos o Turquía. Ahora bien, como dijo Javier Solana (1995), la Conferencia ha servido para crear un espíritu: el espíritu de Barcelona que ha de generar una nueva etapa en las relaciones Norte-Sur en el mar Mediterráneo. Diálogo y confianza mutua son las bases de esa nueva etapa. Una nueva etapa que hay que ubicar, en términos de sistema internacional, en el proceso de desarrollo de los grandes bloques comerciales. En términos institucionales, la nueva etapa euromediterránea se basa en la continuidad de la Conferencia. Se había asumido que de Barcelona habían de surgir estructuras muy ligeras de seguimiento del proceso. Así, finalmente, se decidió una reunión periódica de ministros de Asuntos Exteriores (la próxima se celebrará en 1997) y reuniones temáticas a diversos niveles (ministerial, altos funcionarios, sociedad civil, etc.). Se ha creado un “Comité Euromediterráneo para el proceso de Barcelona” que inicialmente debía denominarse Comité de Barcelona (Francia no aceptó dicha denominación), a nivel de altos funcionarios. Dicho Comité está formado por la *troika* y los 12 socios mediterráneos, y tiene como objetivo desarrollar el Programa de Trabajo. El trabajo de base para dichas reuniones será realizado por la Comisión. En términos organizativos, quedó pendiente de acuerdo un tema: la sede de la siguiente Conferencia. Tres países se habían postulado (Marruecos, Túnez y Malta), sin que se llegara a un acuerdo, si bien los representantes marroquíes dan por seguro que su país será elegido en las consultas a realizar para cerrar tal tema. Las relaciones euromediterráneas cuentan así con instrumentos (declaración de principios, código de conducta, programa de trabajo, recursos [criticados por escasos], plan MEDA, etc.). La pelota se halla, en buena medida, en el tejado de la voluntad política, tanto a un lado como al otro del mar. Ha llegado la hora de demostrar, tal y como apuntó Bernard Ravenel (1995), que el Mediterráneo es “un muro imposible”.

## Notas

<sup>1</sup>Los países enmarcados en la Política Mediterránea de la UE, mediante la firma de acuerdos, son: Argelia, Chipre, Egipto, Israel, Jordania, Líbano, Malta, Marruecos, Siria, Túnez, Turquía y la Autoridad Nacional Palestina.

<sup>2</sup>La política mediterránea de la Comunidad ha pasado por diversas fases desde los primeros acuerdos de asociación con países de la orilla sur (Marruecos y Túnez, 1969). En 1973, tras la ampliación a nueve, se inició un proceso de Política Mediterránea Global que se tradujo en acuerdos bilaterales (cooperación, comercio, protocolos financieros). El ingreso de Grecia, España y Portugal en la Comunidad, más el fin de la Guerra Fría, dieron paso, a finales de 1989, a una Política Mediterránea Renovada (mayor capacidad financiera).

<sup>3</sup>En términos de interdependencia económica, las relaciones de los Quince con los países mediterráneos superan ampliamente las relaciones de la UE con Europa Central y Oriental (Khader, 1995).

<sup>4</sup>La UE adoptó una posición común mediante la cual se reducían las relaciones económicas con dicho país (Decisión 93/614 del Consejo, 22.11.93)

(Comunicación de la Comisión al Consejo y al Parlamento Europeo), Bruselas, Com (94) 427 final, 19 octubre.

Comité (1995) *Dictamen sobre la Asociación Euro-mediterránea*, Comité Económico y Social de las Comunidades Europeas (95) 974, 13-14 septiembre.

Conseil (1994) "Conseil Européen. Réunion des 9 et 10 décembre 1994 à Essen. Conclusions de la présidence" (1994) *Europe*, n° 6376 (11 de diciembre).

*Europe* (1994) n°. 6326, 30 de septiembre.

*Europe* (1995a) n° 6592, 23-24 de octubre.

*Europe* (1995b) n° 6608, 18 de noviembre.

Faria, F. (1994) "Politiques de sécurité au Maghreb. Les impératifs de la stabilité intérieure" *Cahiers du Lumiar* 1.

González, F. (1995), Intervención del presidente del Gobierno en la Conferencia Euromediterránea (28 noviembre), Ministerio de la Presidencia/Secretaría General del Portavoz del Gobierno.

Informe (1992) "Informe al Consejo Europeo de Lisboa sobre el posible desarrollo de la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) con vistas a determinar los ámbitos en que pueden desarrollarse acciones comunes con respecto a países o grupos de países particulares" (Anexo I), *Boletín de las Comunidades Europeas* 6: 19-22.

Khader, B. (1995) *Le partenariat euro-méditerranéen*. Louvain-La-Neuve: CERMAC.

Moratinos, M. A. (1995) "Una ventana de esperanza", *El País*, 23 de noviembre.

Núñez, J.A. y Khader, B. (1995) "La asociación euromediterránea, una base de partida", *Meridiano CERI* 6:8-11.

Posición (1995) "Conférence Euro-Méditerranéenne de Barcelone. Position de l'Union Européenne", 7906/95 (29 de mayo).

Ravenel, B. (1995) *Méditerranée. L'impossible mur*. París: L'Harmattan.

Sáinz, N. (1995) "La dimensión mediterránea de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE): de región limítrofe a campo de aplicación", *Papers* 46: 139-53.

Síntesis (1995) "Conférence Euro-Méditerranéenne de Barcelone. Rapport de Synthèse", 6532/95 (10 abril).

Solana, J. (1995) Inaugural Speech by the Minister of Foreign Affairs at the Euro-Mediterranean Conference in Barcelona.

## Referencias bibliográficas

Barbé, E. (1995) "Reinventar el Mare Nostrum: el Mediterráneo como espacio de cooperación y seguridad", *Papers* 46: 9-23.

Barcelona (1995) Declaración de Barcelona adoptada en la Conferencia Euromediterránea, 27-28 noviembre.

Blanc Altemir, A. (1995) "Estabilidad y codesarrollo en el Mediterráneo: de una Conferencia de Seguridad y Cooperación para el Mediterráneo (CSCM) a la Conferencia Euromediterránea (CEM)", *Anuario de Derecho Internacional*, XI: 63-128.

Buzan, B. (1991) *People, States and Fear. An Agenda for International Security Studies in the Post-Cold War Era*. Nueva York: Harvester Wheatsheaf (2ª ed.).

Comisión (1994) *El reforzamiento de la Política Mediterránea de la Comunidad Europea: establecimiento de una Asociación Euromediterránea*

## Política y elecciones en el norte de África

Gema Martín Muñoz  
Profesora de Sociología  
del Mundo Árabe e Islámico  
de la Universidad Autónoma  
de Madrid.  
Directora del área Magreb-  
Medio Oriente en  
el Centro Español de  
Relaciones Internacionales  
(CERI), Madrid.

Los procesos electorales son períodos privilegiados para la observación política porque se ponen al descubierto elementos sustanciales del tejido social y político del régimen, proporcionando un marco extraordinario para analizar su naturaleza y organización. Por ello, el hecho de que unas elecciones no puedan ser definidas como competitivas y libres no hace que disminuya la importancia de su estudio y el interés de su análisis, dado que los comicios siempre cumplen funciones que conviene dilucidar y buscan objetivos políticos sobre los cuales es también necesario apreciar hasta qué punto han sido o no alcanzados. La convocatoria durante 1995 de diversos comicios en Túnez, Argelia y Egipto nos permiten utilizar dichos períodos como observatorio político no sólo de cada uno de esos países sino también, a través de los elementos comparativos y las interrelaciones existentes entre unos casos y otros, de la dinámica política que caracteriza a buena parte de la región norteafricana. Los procesos electorales objeto de estudio aquí son los comicios municipales celebrados el 21 de mayo en Túnez, las elecciones presidenciales argelinas del 16 de noviembre y las legislativas egipcias del 29 de noviembre y 6 de diciembre. Estas elecciones mostraron las transformaciones de la escena política, los cambios en la estrategia gubernamental con respecto a los islamistas y los ejes del discurso oficial en el que se basa dicha estrategia, poniendo de manifiesto el proceso de *desliberalización* política experimentada en los últimos años por estos países norteafricanos en contra de la dinámica aperturista que los caracterizó durante la segunda parte de los ochenta. Los procesos electorales de 1984 y 1987 en Egipto, de 1989 en Túnez y de 1990 y 1991 en Argelia pusieron de manifiesto que los ejes principales de la apertura política eran la transición del monipartidismo al pluripartidismo y la integración de los sectores islamistas no violentos en el proceso. El golpe de Estado de enero de 1992 en Argelia puso fin a la transición liberal en este país, a la vez que en Egipto y en Túnez los respectivos procesos de apertura política se frenaban y las estrategias respecto al islamismo ponían fin a la táctica de la integración, reorientándose a favor de la persecución y la represión. Sin embargo, la principal razón del fracaso de estos procesos de liberalización no provino del éxito inevitable de un islamismo *amenazante* sino de la falta de arraigo democrático de dichos procesos. La reestructuración del campo político norteafricano desde entonces ha introducido nuevas dinámicas de relación entre los Estados y una restauración autoritaria en el ejercicio del poder, enmarcada en un fenómeno de recomposición profunda de los grupos políticos en presencia. El carácter convergente de las políticas antiislamistas

adoptadas por Egipto, Túnez y Argelia les ha llevado a estrechar considerablemente sus vínculos, reflejados en una intensa actividad diplomática y en la adopción de acuerdos de cooperación en el campo de la seguridad. Asimismo, los tres países adoptarán aproximadamente la misma presentación oficial del conflicto con los islamistas, tendiendo a reducirlo a un problema de terrorismo. Los discursos oficiales tienden a convertir al régimen en el representante del islam «auténtico» y «moderado», a la vez que proclaman que el islamismo, sea cual sea la tendencia, no puede engendrar más que violencia y extremismo, buscan la adhesión popular fomentando la tesis del «complot extranjero» y tienden a justificar por la amenaza islamista el control ejercido por el poder sobre la sociedad civil y sus reticencias a liberalizar el régimen<sup>1</sup>.

#### El unanimismo tunecino

Las elecciones municipales del 21 de mayo de 1995 pusieron de manifiesto el debilitamiento de la oposición política legal tunecina, la resistencia gubernamental a ofrecer un marco de acción más favorable a dicha oposición, y, en consecuencia, las fracturas del «consenso» nacional promovido por el poder frente al islamismo en las elecciones presidenciales y legislativas del 20 de marzo de 1994. La capacidad del régimen para atraerse a las élites y oposición política del país se vio acrecentada por el efecto de reacción por parte de éstas contra la tendencia islamista, dado que, por un lado, se trata de los sectores sociales que, beneficiarios del proceso de modernización y secularización e integrados en términos socioeconómicos, ven peligrar su privilegiado status, y, por otro, la tendencia islamista supone una poderosa concurrencia para una oposición no islamista escasamente implantada en el país. Asimismo, la situación de la vecina Argelia desde 1992, utilizada como revulsivo por el régimen, acrecentó dicha reacción.

En consecuencia, la oposición tunecina ha experimentado durante los últimos años un movimiento de aproximación al poder que le llevó a aceptar las escasas posibilidades que éste le ofrecía en los comicios de 1994 en pro del argumento

de valorar la participación cualitativa sobre la cuantitativa, y a la espera de que el régimen ampliase gradualmente la apertura en los siguientes comicios municipales. Ello le valió al presidente de la República, Ben 'Ali, ser reelegido el 20 de marzo de 1994 por el 99,91% de los votos con el apoyo de todos los partidos legales de la oposición; y a dichos partidos lograr 19 escaños en el Parlamento en pro de una enmienda de la ley electoral que preveía una cuota para aquellos grupos que no lograsen ganar ningún diputado, como fue el caso de todos los partidos rivales del partido gubernamental, Reagrupamiento Constitucional Democrático (RCD)<sup>2</sup>. Dichos partidos son, en sustancia, tres formaciones políticas históricas: el partido *Ettajdid*, heredero renovado del Partido Comunista Tunecino existente como tal desde 1934 e ilegal entre 1963 y 1981, el Movimiento de Unidad Popular (MUP), de orientación ideológica panarabista y socializante, y el Movimiento de Demócratas Socialistas (MDS), de ideario socialdemócrata. Legalizado en 1983, el MDS, con audiencia en los medios intelectuales y las profesiones liberales, era la oposición no islamista mejor situada cuando Ben 'Ali inició la liberalización a finales de los ochenta. No obstante, la estrategia gubernamental de subyugación de las élites perjudicó de forma notable a este partido y en 1992 padeció una grave crisis interna de la que salió vencedora la línea favorable a una actitud conciliadora con el poder. Junto a estos grupos existen tres nuevas formaciones, muy minoritarias, legalizadas en 1988: la Unión Democrática Unionista (UDU), el Reagrupamiento Socialista Progresista (RSP), que constituye la formación más a la izquierda del panorama político legal tunecino, y el Partido Social Liberal (PSL)<sup>3</sup>. Por su parte, el partido gubernamental, dotado de gran capacidad de movilización en un país completamente cuadrículado por él en todos sus estadios sociales, va a difundir un discurso sabiamente calibrado a fin de lograr el apoyo nacional. Dicho discurso se organiza en torno a cuatro pilares: estabilidad, prosperidad, consenso y progreso. Las llamadas desde el poder a la «moderación» y a la «prudencia» para que los partidos políticos le apoyen *consensuadamente* contra la «amenaza islamista» se prolonga en la premisa de que ello es necesario para seguir logrando la *estabilidad* del país y que por tanto hay que apoyar también la prioridad absoluta dada por el Gobierno a la *seguridad*, porque, a su vez, constituye la única vía capaz de garantizar la *prosperidad* económica

*“Las elecciones de 1995 han puesto de manifiesto el proceso de desliberalización política de los países del norte de África”*

y el *progreso*. Esta argumentación que nutre todo el discurso oficial tunecino tiene como objetivo justificar los abusos contra los Derechos Humanos cometidos en pro de la seguridad del país y el autocratismo creciente del régimen. El «unanimismo» se erige como condición sine qua non para lograr que «Túnez no sea Argelia».

A fin de conseguir que este discurso sea aceptado por la oposición y la sociedad tunecina, el régimen recurre a dos importantes bazas: los buenos resultados económicos (media de crecimiento anual del 5%; inflación moderada en torno al 4,7%; débil endeudamiento en torno al 53% del Producto Interior Bruto; nivel de vida en aumento) y la explotación a su favor de la crisis argelina. Lo que podríamos denominar el *síndrome argelino* es objeto de utilización permanente por el régimen tunecino, presentando la situación de violencia que vive ese país como ejemplo de lo que le podría ocurrir a Túnez si el hombre y el partido que lo rigen no hubiesen sabido dirigirlo como lo han hecho. Asimismo el modelo argelino es expuesto como prueba de lo bien fundado de la posición gubernamental tunecina a favor de la persecución de la tendencia islamista y en contra de un proceso de democratización rápida que haga de la alternancia un objetivo inmediato. Unido a esto, la adopción de medidas a favor de la mujer, ciertas realizaciones en el campo de la educación y en el desarrollo de algunas zonas muy desprotegidas del país, han ido destinadas a buscar el apoyo al régimen de ciertos sectores de la población. Las elecciones municipales del 21 de mayo de 1995 pusieron de manifiesto las consecuencias de la recomposición política experimentada en Túnez desde 1992 y fueron el detonante que abrió la primera brecha en el «consenso» logrado por el régimen desde esa fecha. Por un lado, en estos comicios se constató el proceso creciente de debilitamiento de la oposición legal, fruto de sus crisis internas y del descrédito por su complacencia con respecto al régimen. Por otro lado, quedó patente la falta de voluntad del régimen a abrir el juego político, en contra de lo esperado por la oposición como premio a su «buena conducta». El declive de la oposición quedó reflejado en su incapacidad para presentar listas en todas o la mayor parte de las circunscripciones del país, particularmente del MDS que ha perdido su capacidad anterior para transmitir la percepción de que era susceptible de medirse con el partido gubernamental. Y, mientras la oposición mostraba que no disponía sino

de medios irrisorios que, además, en buena medida debía al Estado-RCD, éste exhibió, como había hecho en las legislativas, una inmensa capacidad para estar presente sobre el terreno controlando una enorme red de organizaciones sociales, regionales y nacionales. A la vez, las municipales confirmaron la estrategia gubernamental de renovación y rejuvenecimiento del RCD, iniciada en 1988<sup>4</sup>, así como su búsqueda de apoyo en los sectores femeninos, aumentando el número de mujeres en las candidaturas. En consecuencia, los resultados electorales dieron al RCD el Gobierno de todos los municipios del país, marcando un paso atrás respecto a los comicios de 1990 en los que la oposición había logrado la municipalidad de Chebba. No obstante, aunque no le faltaba razón a las declaraciones del ministro del Interior, tras los comicios, afirmando que para vencer en las elecciones eran necesarios «hombres, mujeres, un programa y una base», elementos todos «que le faltan a la oposición» (*Bulletin d'Information Africaine*, 283/95), todo ello no es ajeno a la actitud del régimen en su implacable reapropiación de los espacios plurales del país y en su resistencia a abrir el juego político, como mostró en los comicios municipales, resitiéndose a modificar el sistema electoral. Éste favorece sin ambages a la formación mayoritaria, a la cual reserva la mitad de los escaños, y el resto se reparte proporcionalmente entre todas las formaciones, incluida la ganadora, que hayan obtenido un mínimo del 5% de los votos expresados.

Estos comicios, por tanto, probaron que el régimen tunecino ha logrado llevar a cabo con éxito su estrategia de implosión y debilitamiento de la oposición legal tunecina, a la vez que controla férreamente el país en pro de un discurso que ha sabido filtrar a importantes segmentos de la población en el que asocia estabilidad y prosperidad con seguridad y unanimismo político. Para la oposición, principalmente el MDS, las municipales supusieron una toma de conciencia de su retroceso progresivo y de la falta de resultados de la estrategia seguida asumiendo la concepción del régimen respecto a la situación política del país. En consecuencia, estas elecciones actuaron de agente reactivo para el MDS dando un nuevo vuelco a sus relaciones con el poder. El presidente del MDS declaró que las elecciones «no hacen honor a Túnez» y otro destacado miembro del partido dijo públicamente «apostamos por una aproximación leal del con-

senso con gentes que, de la lealtad, no tienen la misma concepción que nosotros» (*Bulletin d'Information Africaine*, 283/95). Desde entonces, dicho consenso quedó quebrado abriéndose una crisis entre el MDS y el régimen como resultado del cambio de actitud de quien hasta entonces había sido el gran valedor en el partido de dar un apoyo cada vez menos crítico al presidente Ben'Ali. Así el presidente del MDS, Mohammed Moadá, desafiaba al presidente de la República enviándole, el 21 de septiembre de 1995, una carta requisitoria de 10 páginas en la que afirmaba que «Túnez vive una vuelta al partido único hegemónico y dominador» y acusaba al régimen de utilizar el miedo al islamismo para justificar el autocratismo del régimen. El 9 de octubre Moadá era detenido, acusado de mantener «relaciones secretas y comprometedoras» con un país extranjero (Libia) y meses después era condenado a 11 años de cárcel. Asimismo, la oposición tunecina en el exterior comenzó a finales de 1995 a organizar una estrategia semejante a la planteada por la oposición argelina en la denominada «Plataforma de Roma».

La publicación de un comunicado conjunto firmado por el líder del partido islamista tunecino *Al-Nahda* y diversas personalidades tunecinas de oposición, pidiendo la instauración de un régimen democrático en Túnez, parece buscar dos objetivos: atraer la atención sobre el autoritarismo del régimen, y mostrar, al ser firmado el comunicado por la oposición islamista y no islamista, que el problema

“El problema no es el de «todos contra el islamismo», como pretende el régimen tunecino, sino de democratización del sistema”

no es de «todos contra el islamismo», como pretende el régimen, sino de democratización del sistema. No obstante, seguro del control del país gracias a un férreo sistema policial, al éxito económico unido a algunas realizaciones sociales y a la manipulación del miedo al islamismo para amordazar a ciertos sectores de la población y de la comunidad internacional, el régimen tunecino se considera estable y no percibe ninguna necesidad de democratizar o abrir el sistema. Pero cabe preguntarse cuánto tiempo el poder podrá escudarse en el crecimiento económico y el peligro islamista ante una sociedad que, fruto de su desarrollo socioeconómico, cuenta con una clase media y profesional cada vez más consolidada y

que, necesariamente, aspirará cada vez más a participar en el espacio político y a ser realmente representada en él.

### El «pluralismo» argelino

Tras cuatro años de vacío institucional, desde que en enero de 1992 se cerró el Parlamento y se *hibernó* la Constitución, las autoridades argelinas optaron por celebrar elecciones presidenciales el 16 de noviembre de 1995. Percibir cuál fue la función y objetivos de dicha convocatoria constituye el elemento de análisis fundamental. ¿Las elecciones se convocaban para solucionar un problema de legitimidad a fin de que la actual jefatura del Estado pudiese resistir los desafíos internos y ofrecer alguna muestra de voluntad política a la comunidad internacional, o para resolver problemas internos de un poder minado por dispares intereses de clan, o para arreglar los problemas de Argelia y buscar una salida pacífica a su crisis multidimensional, como parece ser que pensaron la mayor parte de los votantes? La decisión gubernamental de celebrar las presidenciales tuvo lugar inmediatamente después de que la oposición argelina más representativa firmase conjuntamente una declaración de principios, conocida como la Plataforma de Roma, firmada en esta ciudad en enero de 1995. En dicho documento, el Frente Islámico de Salvación (FIS), el Frente de Fuerzas Socialistas (FFS), el Frente de Liberación Nacional (FLN)<sup>5</sup> y otras formaciones menores expresaban de manera consensuada la necesidad de diálogo con el poder en el marco de un período transitorio que diera paso a un marco político plural y democrático. La Plataforma tuvo un importante alcance político sobre todo a dos niveles. Por un lado, promovió el desdoblamiento de la escena política argelina dado que hasta entonces la división de las fuerzas políticas permitía al poder ostentar el monopolio de la iniciativa. Por otro, tras el encuentro en Roma, el FIS ya no estaba aislado y con él firmaban otros partidos políticos no islamistas. Lo cual mostraba también a la comunidad internacional que la imagen de un FIS extremista difundida por el poder en Argelia, pilar fundamental de su estrategia para detener el proceso democrático, tomar a todo el país como rehén y pasar un discurso al exterior basado en la elección entre él o el fanatismo, no se acomodaba bien a la realidad. Calificada esta iniciativa de la oposición como «injerencia extranjera» y «no

acontecimiento» para el país, las autoridades argelinas ofrecieron su propia propuesta política basada en la celebración de elecciones presidenciales, sin por ello dejar de apostar por la solución militarista.

Los partidos firmantes de la plataforma de Roma no participaron en las elecciones por considerar que era necesario manifestar unitariamente que la fórmula de diálogo político ofrecido por el poder no era ni suficiente ni clara con respecto a sus objetivos. En consecuencia, las elecciones se organizaron con la participación de los actores políticos que, de una u otra manera, han estado próximos al poder desde 1992: los líderes del Reagrupamiento por la Cultura y la Democracia (RCD), del partido HAMAS y del Partido de la Renovación Argelina (PRA)<sup>6</sup>. La tendencia auto-proclamada «erradicadora» (radicales que no admiten ninguna fórmula de diálogo con el islamismo y piden su aniquilación) dió lugar a una recomposición, la Alianza Nacional Republicana (ANR). Definiéndose como partido «modernista y antiintegrista» y tratando de resucitar el «budiafismo», la ANR parecía buscar atraerse a sectores ideológicamente afines de la sociedad argelina que no se hubiesen unido al *Ettehad* (ex comunistas) o al RCD, a causa de la reducida base sociopolítica del primero y la marcada implicación regional (berberismo cabil) del segundo. No obstante, la ANR no logró quebrantar al FFS, al que increpaba su vinculación con la oposición islamista en la Plataforma e invitaba a unirse a su propuesta de «contención del integrista y reforma profunda del Estado», ni tampoco atraerse a Mulud Hamruche, antiguo primer ministro durante el período liberalizador de Bendjedid. De hecho, Hamruche se perfiló en algún momento como posible candidato «reconciliador» a la presidencia y las candidaturas de Buteflika y Taleb Ibrahimí<sup>7</sup> fueron vistas un tiempo como posibles personalidades «puente» entre el viejo y nuevo orden capaces de lanzar la transición. Finalmente, ninguna novedad marcó la escena electoral y, tras las deliberaciones, siempre crípticas, de los grupos que encarnan el poder argelino, se optó por la continuidad en el liderazgo, presentándose el que ocupaba ya la jefatura del Estado, Liamin Zeroual. Quedaba por dilucidar si el plebiscito que probablemente recibiría Zeroual sería el punto de arranque de una transición que ampliase el juego político y la integración de toda la oposición en el proceso o si sería utilizado para reforzar el continuismo del régimen y debilitar a la oposición.

Es de señalar que las tres principales corrientes políticas triunfadoras en las legislativas *interrumpidas* de diciembre de 1991, esto es, el Gobierno, el islamismo y el berberismo, se reprodujeron en las presidenciales aunque los actores fueran otros. Entonces era el FLN y ahora Zeroual, entonces fue el FIS el principal representante del islamismo y ahora Nannah aspiraba a sustituirle, entonces fue el FFS de Aït Ahmed el representante principal de la corriente berberista y ahora era Sa`d Sa`idi quien pretendía reemplazarle. No obstante, si comparamos los resultados obtenidos por aquellas formaciones que participaron conjuntamente en los comicios de diciembre de 1991, observamos grandes diferencias de representación entre ellas: HAMAS logró el 4,7% de los votos emitidos y el FIS el 47,2%; y el RCD el 2,5% frente el 7,4% del FFS. Los resultados de las elecciones significaron un plebiscito para Liamin Zeroual, quien logró el 61,3% de los votos emitidos con una participación del 74,9%<sup>8</sup>, levantando oleadas de apoyo de los medios de comunicación extranjeros. Más allá de las eventuales presiones sobre la población y de los posibles *retoques* de las cifras, lo cierto es que el poder supo articular el marco electoral de manera que logró transmitir a una población entre la que es enormemente impopular la idea de que él era la única salida a la violencia y al caos. Y todo ello se logró combinando la extraña circunstancia de que los comicios estuvieron precedidos de varias semanas sin violencia con un discurso en el que Zeroual daba a entender que consideraba necesario relanzar la idea de reconciliación nacional y su compromiso al diálogo invocando a todas las fuerzas políticas argelinas. En su discurso a la nación del 28 de noviembre Zeroual proclamaba: «invoco a las argelinas y argelinos a transformar el triunfo de su voluntad libre y soberana en punto de partida de un esfuerzo liberado para construir el futuro, superar los residuos de nuestras divergencias y de nuestras divisiones, a reconciliarnos con nosotros mismos, a hacer progresar nuestra democracia y nuestro desarrollo y a reconquistar nuestro verdadero lugar en el concierto de las naciones». Asimismo, el discurso oficial argelino supo también sacar beneficios para su imagen de la comparación con los regímenes vecinos, resaltando las diferencias entre los índices electorales argelinos y los plebiscitos de más del 90% con los que se hacen elegir los otros gobernantes norteafricanos. El pluralismo también fue un factor

de diferencia, afirmando que salvo el Líbano, Argelia es el único país árabe en que, lejos de la fórmula del candidato único, concurrían cuatro candidaturas. Tras las elecciones, la oposición de la Plataforma de Roma, en un ejercicio de realismo político, aceptó el éxito de los organizadores del escrutinio y reiteró su disposición a un diálogo político serio en vistas a los próximos comicios legislativos. Sin embargo, los meses que han seguido a las elecciones no han hecho sino confirmar la voluntad continuista del régimen. La amnistía esperada no ha tenido lugar<sup>9</sup> y el nuevo Gobierno de Zeroual constituido a primeros de enero de 1996 apostaba por la continuidad, dejando todos los puestos claves en manos de los mismos hombres, limitándose a incluir dos portafolios de alcance meramente simbólico para Hamas y el PRA. Reforzado en el poder, seguro por la actitud mayoritaria de una comunidad internacional que se ha convencido de que las elecciones en sí han resuelto el problema en Argelia, el régimen, lejos de iniciar el cambio esperado, se ha orientado a favor de una estrategia

a la tuncina de *domesticación* de la oposición, principalmente el FLN y el FFS, aprovechando el desgaste que ha supuesto para ambas formaciones las acusaciones reiteradas de abandonismo del terreno político por su boicot en las elecciones y las crisis internas que esto les ha acarreado. Asimismo, poder y medios de comunicación afines realizaron una lectura, ampliamente difundida, de que la elevada participación electoral de los argelinos significaba el derrumbe de la Plataforma de Roma.

Con respecto al FLN, el episodio electoral sirvió para hacer desembocar un proceso iniciado hace tiempo en contra de Abdelhamid Mehri, secretario general del partido y principal valedor de la línea rupturista con respecto al poder que ha caracterizado al FLN desde el golpe de Estado de 1992. Si bien Mehri logró vencer las fuertes resistencias de los *barones* de los clanes rivales en el seno del partido para lograr que el FLN no apoyara los comicios (aunque no pidiera su boicot), no logró salir triunfante de la reunión del Comité Central, de enero de 1996, en el que Mehri fue cesado y Hamruche perdió ante Bualem Benhamuda, considerado ultraconserva-

dor. Por 89 votos contra 82, éste se erigió como nuevo secretario general, marcando un nuevo cambio de rumbo político para el FLN que, recuperando su tradicional papel de partido gubernamental, se perfila como la posible formación que le hace falta al presidente Zeroual para las próximas legislativas. Por su parte, el FFS es también susceptible de desestabilización por el régimen, incentivando una crisis interna que se acentúa por la larga ausencia de su líder, instalado en Europa desde 1992, y que deberá afrontar un difícil congreso nacional a primeros de marzo de 1996. Y el FIS, sometido a una enérgica represión y a profundas divergencias internas que su liderazgo encarcelado no puede controlar, se encuentra sumido en un proceso de implosión que se acentúa por su incapacidad para mostrar que no es el movimiento político extremista que el régimen quiere difundir. Para debilitar aún más el FIS, el nuevo Gobierno argelino integró a un ex dirigente de este partido, Ahmed Merani, como ministro de Asuntos Religiosos, que además de servir a detractar públicamente al FIS, parece tener la misión de intentar generar una *recreación domesticada* del FIS, capaz de atraerse base social y disidentes del partido. Sin duda el régimen argelino -que además del presidente agrupa toda una complicada red en la que se combinan poderes burocráticos y militares con intereses de clan- ha sabido beneficiarse de la situación generada por las elecciones presidenciales para reforzar su posición y debilitar la de los rivales, poniendo de manifiesto que el objetivo de la convocatoria electoral era la organización y el éxito del escrutinio en sí mismo, sin que sigan iniciativas concretas para solucionar la crisis multidimensional de Argelia. La desestructuración a la que parecen abocados los partidos favorables a un cambio democrático pacífico y con implantación popular no augura sino la continuación de la deriva violenta para este país norteafricano, como muestran las escasas y controladas noticias que de allí llegan. Las elecciones parecen haber sido un eslabón más de la ya larga cadena de expectativas frustradas de cambio y reconciliación nacional a la que los argelinos llevan sometidos desde 1992. El carácter críptico y clánico del poder facilita la dinámica de altibajos en los que la percepción de que todo puede cambiar rápidamente alterna con la sensación de que la crisis está estancada sin solución. ¿Cuánto tiempo el pueblo argelino será capaz de soportar esta situación que se acompaña de una degradación creciente de su situación social y económica?<sup>10</sup>

*“Los meses que han seguido a las elecciones no han hecho sino confirmar la voluntad continuista del régimen argelino”*

### Gobierno y Hermanos Musulmanes en Egipto

El presidente egipcio Husni Mubarak, en su discurso parlamentario con ocasión de su reelección como candidato a la presidencia en 1993, proclamaba que su nuevo mandato estaría marcado por «el signo de una lucha sin cuartel contra el activismo islamista» (*Al-Abram*, 18.07.93). Estas palabras venían a confirmar la línea de lucha antiislamista del Gobierno inaugurada en 1992. Ese año fue también el comienzo del cambio en las relaciones entre el poder y los islamistas moderados, marcando el declive de la estrategia de relativa integración de los Hermanos Musulmanes en el juego político, puesta en práctica en los años precedentes. Desde entonces el discurso oficial asumió la tesis contraria a la mantenida hasta ese momento, pasando a considerar que los moderados no sirven para aislar a los extremistas sino para ayudarlos en sus fines subversivos. En consecuencia, las autoridades egipcias irán incrementando sus acciones contra la corriente de los Hermanos Musulmanes, aunque por el lado de éstos no falten manifestaciones de denuncia de los actos de violencia que tienen lugar en el país por parte del sector radical de las *Gama`at*.

Asimismo el régimen se va a reafirmar en la represión como única respuesta al fenómeno de la violencia islamista radical, a la vez que adoptará una tendencia cada vez mayor a controlar los espacios plurales aún existentes en el país, exponiéndose a continuas denuncias por la situación de los Derechos Humanos<sup>11</sup>. Unido a esto y reproduciendo lo que se ha mostrado como una dinámica generalizada en los países norteafricanos aquí estudiados, la oposición egipcia no islamista, principalmente el partido liberal-conservador del *Wafd* y el izquierdista Reagrupamiento Nacional Progresista Unionista (RNPU), ha realizado espectaculares aproximaciones al Gobierno, debilitando con ello su capacidad para representar una alternativa política creíble frente a un régimen desacreditado y a un proyecto islamista liderado por los Hermanos Musulmanes, que se beneficia de haberse desarrollado independientemente del aparato del Estado y en oposición declarada contra él. Éstos a su vez, en busca de una cobertura legal que paliara su no reconocimiento, ha cooptado progresivamente al Partido del Trabajo (PT), primero, y al partido *Al-Abrar*, después, lo cual sólo ha contribuido a polarizar la

escena política entre Gobierno y Hermanos Musulmanes, neutralizando la influencia de los demás grupos políticos existentes en el país. Asimismo, tratando de reproducir en Egipto la estrategia del «consenso nacional» basado en la exclusión de los islamistas, el régimen egipcio apeló en 1994 a un «diálogo nacional» con las fuerzas políticas de oposición no islamista, algunas personalidades del país y ciertos sectores de la sociedad civil, en su mayor parte próximos al poder. No obstante, el objetivo de la Conferencia Nacional para el diálogo fue su celebración en sí misma a fin de que contribuyese a ampliar la legitimidad y base social del Gobierno, dado que, bajo el lema general de «preparar el siglo a venir», los temas debatidos fueron sociales y económicos, relegándose los políticos.

Las elecciones legislativas de finales de noviembre de 1995 vinieron a constatar todos estos factores fruto de la tendencia a la *desliberalización* que, arropada con un discurso similar al de los vecinos norteafricanos, ha experimentado también el régimen egipcio desde 1992. Por un lado, emergió sin ambages la política de represión e intransigencia gubernamental de cara a los Hermanos Musulmanes, que presentaron unas 150 candidaturas por la vía independiente y a través de sus aliados, el PT y el *Abrar*, siendo objeto del acoso policial pocos días antes de los comicios a través de redadas y detenciones múltiples. Por otro lado, el *Wafd* y el RNPU comprobaron los escasos frutos que recogía su estrategia política, logrando tan solo dos escaños el primero y uno el segundo en unos comicios monopolizados por el partido gubernamental, Partido Nacional Democrático (PND), y plagados de irregularidades que arrojaron un balance de más de cuarenta muertos. 16 millones de electores tenían que elegir un parlamento de 444 escaños para la legislatura 1995-2000. Además de una serie de formaciones políticas ultraminoritarias, el PND (439 candidatos), los Hermanos Musulmanes (150), el *Wafd* (187), el RNPU (40), el PT y los naseristas compitieron en unos comicios donde la ley electoral era desfavorable para la oposición. Los resultados de estas elecciones contestadas por todos ellos otorgaron a toda la oposición el 2% de los votos, el resto quedando monopolizado por la formación gubernamental<sup>12</sup>.

No obstante, la capacidad del régimen tunecino para sumir a la tendencia islamista en la clandestinidad o el exilio no es asimilable al caso egipcio, dado que la tendencia islamista en

Egipto es de las más relevantes del mundo árabe y de las mejor implantadas, contando con una acumulación histórica que arranca de los años treinta. Su marginación del ámbito institucional no ha frenado su expansión sino más bien le ha llevado a invertir en la sociedad civil (uniones de estudiantes, sindicatos profesionales, asociaciones de ayuda social, bancos islámicos) y a crear espacios *islámicos* en barrios. Los Hermanos Musulmanes siguen representando la corriente mayoritaria del islamismo en Egipto, ejercen una importante atracción entre la juventud y sectores de la *intelligentsia* y están muy bien implantados entre las clases medias urbanas y en el tejido socioprofesional, con un arraigo histórico y social en este país que es difícil de combatir por el régimen. Por otro lado, el fenómeno de la violencia que existe de forma localizada en Egipto tampoco es comparable al caso argelino porque, a diferencia de éste, el Estado egipcio cuenta con una sólida y larga experiencia histórica que ha forjado su identidad en tanto que nación. Egipto sigue siendo un Estado fuerte y no parece que, de momento, su estrategia de confrontación pueda permitir a los islamistas radicales extender el fenómeno de la violencia más allá de sus feudos del sur. Hay que tener en cuenta que en Argelia es la principal tendencia del islamismo la que está enfrentada con el poder, lo que no es el caso de Egipto donde la violencia emana de la *Gama`at* y no de los Hermanos Musulmanes, que reclaman su legalización desde hace años. Sin embargo, el fondo de la cuestión no se plantea tanto en relación a la capacidad del poder de ganar materialmente su batalla contra el islamismo radical, como respecto a su aptitud para suprimir las causas que lo alimentan y la inestabilidad que de ello se deriva.

### Notas

1. Dicho discurso va a encontrar en el ámbito de la política exterior una vía de aplicación privilegiada dirigida a obtener en los foros internacionales condenas del terrorismo, aparentemente vinculado al islamismo. Tales condenas son presentadas a las opiniones públicas nacionales como prueba del respaldo internacional a los respectivos Gobiernos. Las declaraciones en ese sentido, emanadas en la cumbre de Casablanca

de la Organización de la Conferencia Islámica (15.12.94) y en la reunión entre los ministros del Interior del sur de Europa y de Túnez y Argelia (21.01.95) han servido para movilizar el apoyo exterior a la vez que permitían utilizar la política exterior para reforzar la legitimidad política interna. En este mismo marco se inscriben las resoluciones del Consejo de Ministros Árabes del Interior en su décimosegunda sesión anual, inaugurada el 4 de enero de 1995 en Túnez. Dejando todas sus diferencias políticas al margen, los ministros acordaron un pacto por la seguridad colectiva y contra el integrista, adoptando una propuesta egipcia de «código de conducta común» para luchar contra el terrorismo (*Révolution Africaine*, 1611/95).

2. El sistema mayoritario a una vuelta a nivel de circunscripciones, imposible de superar por los minoritarios partidos de oposición, no experimentó ningún cambio y, como había ocurrido en los comicios anteriores, el RCD obtuvo los 144 escaños correspondientes a las 25 circunscripciones del país. La diferencia introducida en 1994 estribaba en la concesión otorgada por la ley de un reparto proporcional a nivel nacional de 19 escaños entre aquellos partidos que no hubiesen ganado diputados y obtenido un 5% de votos a nivel nacional. Con este sistema el régimen lograba dar apariencia de apertura, desviar la concurrencia electoral entre poder y oposición a favor de la rivalidad entre los seis partidos de la oposición, siendo como eran conscientes de que no tenían posibilidades de aspirar a conseguir escaños por el otro sistema, y comprometer a la oposición aceptando un sistema en el que es el poder, y no el voto popular, quien les permite entrar en el Parlamento.

3. En las legislativas de marzo de 1994, el RCD obtuvo el 97,73% de los votos emitidos en tanto que la oposición se repartió el 2% restante (64.202 votos). Los 19 escaños «cuota» se repartieron entre el MDS (10), *Ettajdid* (4), la UDU (3), y el MUP (2). Ver Denoeux, G. «Tunisie: les élections présidentielles et législatives. 20 mars 1994», *Maghreb-Machrek*, 145/94.

4. El RCD es el heredero del Partido Desturiano que gobernó monolíticamente durante la era Bourguiba. Ben `Ali, al acceder al poder en 1987, quiso dar una imagen renovadora al partido cambiando su nombre e integrando nuevos miembros. En las municipales de 1995, 76% de los candidatos eran nuevos y 85% tenían menos de 50 años (*Jeune Afrique*, 1793/95).

5. El FIS, creado en 1989 encarnó la fuerza islamista de oposición más votada en las elecciones municipales de 1990 y legislativas de 1991. El FFS está liderado por Ait Ahmed y es una formación socialdemócrata de implantación básicamente bereber si bien tiene voluntad de ser fuerza política nacional y el FLN es el ex partido único argelino. Estos tres partidos fueron las fuerzas políticas más votadas en las elecciones legislativas de diciembre de 1991.

6. El primero, Sa`id Sa`di, reclamó en enero de 1992 la anulación de las elecciones, y pertenece a la corriente «erradicadora» argelina, siendo activo defensor de la constitución de «grupos civiles de autodefensa» que actúen contra los grupos islamistas armados. El segundo, Mahmud Nahnah, representa una corriente ideológica próxima a la de los Hermanos Musulmanes, aunque su papel en Argelia ha sido la de un fundamentalismo de «oposición constructiva», cuando no de compromiso con el poder, al que se ha aproximado con frecuencia desde que en 1981 fue excarcelado por Chadli Bendjedid, disociándose de la línea contestataria de sus colegas argelinos Madani, Sahnun, Benhadj, razón por la cual Nahnah rechazó formar parte en la creación del FIS. Las tensiones entre Nahnah y el FIS, constantes desde 1989, aumentaron cuando Nahnah negó el apoyo al FIS en las municipales de 1990, fecha en la que aún no había creado el partido HAMAS. El tercero, Nureddin Bakruh, representa a un partido ultraminoritario con un discurso islamizante nacido durante la liberalización política de finales de los ochenta.

7. Ambos son figuras conocidas de la política argelina. Buteflika fue un hombre del presidente Huari Bumedián y ministro de Asuntos Exteriores, además de haber aspirado a la sucesión de Bumedián a su muerte. Ahmed Taleb Ibrahim, heredero de la corriente de los Ulemas de Ben Badis, se considera investido de la doble legitimidad histórica argelina: la nacionalista y la religiosa. Conocido por haber formado parte del ala conservadora bumedianista y por haber sido ministro de Cultura y de Exteriores, desde 1992 se ha significado por sus llamadas a favor del diálogo con el FIS.

8. El número de inscritos fue de 15.969.904 y el de votantes 12.087.281. Liamin Zeroual obtuvo 7.088.618 votos, Mahfud Nahnah 2.971.974, Sa`id Sa`di 1.115.796 y Nureddin Bakruh 443.144 (periódicos argelinos, 17-18.11.96).

9. En pro de la política de *rahma* (clemencia) defendida por el Gobierno se llevó a cabo en diciembre de 1995 el cierre del campo de In M'guel y la liberación de más de 600 personas retenidas en él fue percibida como una medida positiva que, sin embargo, no ha tenido continuación (*Al-Watan*, 18.11.95).

10. Los trabajadores del sector público llevan hasta 20 meses de retraso en el cobro de sus salarios, la industria se encuentra en situación de decrepitud, la inversión privada no se desarrolla, el paro alcanza a uno de cada cuatro argelinos en activo (30% de la población activa). El Producto Nacional Bruto tuvo una tasa de crecimiento cero en 1994 y, según numerosos expertos, en 1995 estaría cerca de cero. A señalar también que la media de los argelinos gasta el 75% de su salario en alimentación y que el índice de éxito escolar en el bachillerato no supera el 20%. Asimismo, un informe del Fondo Monetario Internacional constataba en enero de 1996 que Argelia no había alcanzado los objetivos económicos previstos, lo cual, sin embargo, no impidió que el consejo de administración del FMI aprobase la continuación de la ayuda financiera que, el 22 de mayo de 1995, se plasmó en la concesión de 1,8 mil millones de dólares con un reembolso inmediato de 240 millones. (*Le Monde* 18.10.94 y 12.01.96; *Al-Watan*, 25.05.95 y 10.07.96, *Le Matin* 2-3.06.95).

11. Los informes de la Organización Egipcia de Derechos Humanos (6.04.94 y 10.05.94), de la *Human Rights Watch (Report 1993)* y de Amnistía Internacional (Informe 1994) coinciden en denunciar dichos abusos.

12. Sobre la evolución sociopolítica del régimen egipcio ver Martín Muñoz, G. (1992) *Política y elecciones en el Egipto contemporáneo (1922-1990)*. Madrid: ediciones del ICMA (AECI).

## Turquía, un nuevo líder para un mundo diferente

Ignacio Rupérez  
Subdirector General  
de Asia Continental,  
Ministerio de Asuntos  
Exteriores, Madrid

En la sociedad internacional hay países con gran peso específico pero de poca importancia política. Y otros con destacada presencia política que no guarda relación directa, o proporción, con el volumen de su población, su extensión territorial o su Producto Nacional Bruto. Turquía, hasta hace pocos años una especie de enano político y durante mucho tiempo el *hombre enfermo* de Europa, parece en el camino de sobresalir en el panorama internacional de los años venideros y de convertirse, por su política pero también por su peso específico, en todo un líder regional y en todo un actor europeo. Pocas veces en la historia, como también ocurrió al término de la Primera Guerra Mundial, un país se ha encontrado de repente con un entorno político radicalmente nuevo y una lluvia de oportunidades proporcionada por naciones distintas. Y, a partir del 13 de diciembre, Turquía se ha convertido en el único país que forma parte de la unión aduanera sin ser miembro de la Unión Europea. El mundo alrededor de Turquía se ha ampliado en todas las direcciones en esta década (Fuller, Lesser, et al., 1993). Hacia el noreste han surgido nuevos Estados en los Balcanes que están en proceso de creación de un nuevo sistema balcánico. Hacia el norte Turquía ha encontrado oportunidades para el establecimiento de relaciones directas, a través del Mar Negro, con una Ucrania independiente y con una Rusia que ya no identifica con la amenaza de la Rusia de los zares o de la Unión Soviética. Hacia el noreste, es decir hacia el Cáucaso, han aparecido tres Estados independientes con los que también Turquía ha establecido ya relaciones directas. Otros cinco Estados independientes y musulmanes han surgido en la antigua Asia Central soviética. Pero la mejor vecindad que Turquía ha conseguido es la de la Unión Europea, proporcionada con la ratificación por el Parlamento Europeo de la unión aduanera que se ha acordado el 6 de marzo de 1995. En este rico inventario de cambios cabe añadir otros que también supusieron alteraciones políticas notables: la situación planteada al sur de Turquía con la guerra del Golfo, la voluntad hegemónica de Saddam Hussein y las numerosas incertidumbres del futuro de Irak; el proceso de paz entre árabes e israelíes que puede esclarecer las complejas relaciones que, desde la desmembración del Imperio Otomano, han tenido turcos y árabes. Por ello las alteraciones del entorno también han hecho que se abra un nuevo proceso de relaciones de Turquía con Siria, ya sin protección soviética, que mantienen contenciosos territoriales y por el uso del agua del Eúfrates, así como roces políticos por el problema kurdo, compartido asimismo con Rusia, Irak e Irán. Además Turquía no puede permanecer ajena al conflicto de Nagorno Karabaj entre Armenia y Azerbaidzhán,

o a las guerras de Tadzhiistán, Afganistán y Chechenia. Con la desaparición de la Unión Soviética se ha llegado a pensar que, en realidad, lo que ha ocurrido es que se ha ampliado Oriente Medio. Y que en tal perspectiva de inestabilidad impredecible, violencia constante y alianzas movedizas, Turquía puede en efecto constituir un factor de control y de estabilidad, un modelo político y económico de laicismo, democracia y libre mercado que, como poco, sirva de ejemplo a los nuevos Estados musulmanes. Pero también puede ser que Turquía se vea arrastrada en los numerosos conflictos regionales, que no consiga mantenerse ajena a las turbulencias de sus vecinos (Abramowitz, 1993).

Si los cambios en su periferia acrecientan la importancia regional de Turquía y realzan el peso específico de un gran país, éstos realmente suponen la continuación de unos cambios realizados en el interior y que, sin preverlo, iban a preparar a Turquía para abordar la nueva coyuntura internacional. Ya antes de la desaparición de la Unión Soviética, por ejemplo, los empresarios turcos

empezaron a construir hoteles en ese país, así como viviendas para las tropas

que volvían de las guarniciones

que abandonaban en Europa

Oriental. Una de las iniciativas

más interesantes, a finales

de los años ochenta, fue

precisamente la de promover

la unión de los países ribereños

del Mar Negro para

incrementar sus relaciones

económicas, desarrollar pro-

yectos técnicos, científicos y

culturales, controlar la contaminación

e incrementar el turismo. El colapso de

la Unión Soviética dio más urgencia a ésta y otras

iniciativas. Turgut Ozal representa la más profunda

renovación realizada en Turquía desde Kemal

Atatürk, la revitalización de un país que era

importante sin saberlo, incluso antes de que desapa-

reciera la Unión Soviética y variara el entorno

fronterizo. El sucesivo desmantelamiento de la

política de estatización y el retorno al libre merca-

do, por él propugnado, no sólo han intensificado

el crecimiento de la economía turca, también le

han dado una clara orientación internacional con

efectos directos en la política exterior del país. La

política turca con Turgut Ozal empezó a ser inte-

resante desde fuera o, lo que es lo mismo, Turquía

empezó a destacar por su política también.

*“Turquía se ha convertido en el único país que forma parte de la unión aduanera sin ser miembro de la Unión Europea”*

Caracterizada en general la política exterior turca por su moderación y su buen juicio, otros dirán que por su aburrimiento y su servilismo, sin excluir acciones desmesuradas como la invasión de Chipre en 1974, Turquía ha procedido sucesivamente a incorporar distintos elementos en su acción exterior y a desvelar nuevos intereses. Kemal Atatürk propugnó una proyección sostenida y exclusiva de Turquía hacia Occidente, el alejamiento de todo lo que había supuesto el mundo otomano, el olvido del mundo árabe e islámico o de cualquier vinculación con los pueblos turcos. Las alteraciones del paisaje internacional y la misma transformación que el país está experimentando, hacen que todos esos factores antes negados se consideren y que vuelvan a tenerse en cuenta las oportunidades alumbradas en las repúblicas independientes del Cáucaso y Asia Central. Han recordado la existencia de un mundo turco, calculado en unos 200 millones de personas, con vinculaciones étnicas y culturales que la desaparición de las barreras soviéticas ha podido restablecer. Así se ha podido llegar a hablar de un neootomanismo, en una coyuntura en la que la opinión pública nacional está atravesando por emociones y sentimientos antes desconocidos, con la idea de que el país es más grande de lo que parecía o de lo que marcaban sus fronteras.

### Ilusiones y recelos

Lo que para la opinión pública turca ha supuesto un motivo de orgullo y de estupor (descubrir un inmenso cinturón turco que se extiende hasta Siberia y China y recuperar el pasado otomano) es precisamente lo que, en definitiva, ha suscitado ciertas inquietudes en Occidente. Por ejemplo, se teme la aparición de tendencias irredentistas, nacionalistas o hegemónicas, y ya se han establecido numerosas hipótesis de conflictos regionales, entre ellas con Irán y Rusia. Alimentando tales recelos, las tensiones motivadas por la suerte de los musulmanes en Bosnia provocaron manifestaciones de protesta en diversas ciudades turcas, agitando el fantasma del retorno de Turquía a los Balcanes. Tanto en la Unión Europea como en la Alianza Atlántica tampoco se ve con demasiado agrado la posibilidad de unas fronteras comunes que lleguen hasta Irak o Siria, ni la actuación en escenarios imprevisibles, que no dejan de calificarse como alejados y exóticos para los intereses occidentales. En más de un caso, por tanto, no es fácil que coinci-

dan los intereses de Turquía con los intereses de Occidente. Sobre todo al tratarse de un país mayoritariamente musulmán, con problemas aún no resueltos de consolidación política y de desarrollo económico, y que además se encuentra en una situación límite por su largo conflicto con la minoría kurda. Abordado por lo general con una limitada y férrea óptica determinada por los elementos militares y de la seguridad del Estado, condicionado también por la obstinada negativa a reconocer la existencia de una minoría, el problema kurdo desde los años noventa está siendo tratado de una manera relativamente más comprensiva y liberal, aunque resulte insuficiente en sí misma o para las exigencias occidentales (Fuller, 1993). Al menos el problema kurdo ha dejado de ser un tabú en los medios de comunicación y en el Parlamento, y más tarde o más temprano Turquía se verá obligada a adoptar una solución autónoma para lo que hasta ahora se ha venido denominando “el problema del sureste”. La persistencia de la opción militar y del estado de emergencia, que afecta a unas diez provincias, hasta ahora ha contribuido principalmente a radicalizar la violencia de ambas partes y a perjudicar la posición de Turquía frente a Occidente.

En realidad el problema kurdo supera los límites de Turquía y ocupa un lugar destacado en Oriente Medio. Ciertamente Turquía constituye el centro de gravedad del mundo kurdo, agrupando unos 12 de los 20 millones calculados para la totalidad de la población kurda, que se extiende por Irak, Siria, la antigua Unión Soviética e Irán. Además los kurdos en Turquía son los más avanzados y menos tribales, están esparcidos por todo el país y desempeñan un papel destacado en la sociedad turca, pero no como kurdos sino como turcos. En una coyuntura mundial caracterizada por la revitalización de los movimientos nacionalistas que el colapso de la Unión Soviética ha liberado, y por la generalización de los valores de la democracia y los Derechos Humanos, el largo conflicto con los kurdos ha dañado la reputación internacional de Turquía, ha llegado a perjudicar sus relaciones con Alemania y ha drenado seriamente sus fondos. Se ha calculado que el 30% de las fuerzas militares -unos 300.000 soldados- se emplea en la guerra contra el Partido de los Trabajadores del Kurdistan (PKK) y que absorbe una parte substancial del presupuesto, nunca desvelada oficialmente. Según ciertas estimaciones, Turquía destina más de 8.000 millones de dólares anuales a este capítulo. Por su parte Eric Rouleau

(1994), antiguo embajador francés en Ankara, afirma que el crecimiento del PKK es de tal magnitud en los últimos años, que no pueden considerarse exagerados los temores a una guerra civil siguiendo el modelo yugoslavo, de la misma manera que han menudeado los atentados terroristas en las ciudades del sur y del oeste del país. Se hace eco de informes según los cuales el PKK contaría con 375.000 guerrilleros, simpatizantes y militantes políticos activos, y eso sólo en las provincias del sur. Otros informes, quizás francamente alarmistas, dan cuenta de la posibilidad de que Turquía intervenga militarmente en las bases kurdas en el valle de Bekaa (Líbano) controladas por Siria, y en la frontera sirio-turca. O de una alianza terrorista para actuar en Oriente Medio y en Occidente, formada por el PKK y el grupo palestino de Abu Nidal. La existencia de emigrantes turcos de origen kurdo en Europa Occidental, en Alemania especialmente, ha facilitado el conocimiento internacional del tema y generado asimismo todo tipo de temores en terceros países. Pese a que parece haber mejorado de manera relativa la eficacia militar turca, la guerra contra los kurdos resulta políticamente desastrosa y es difícil que tenga una solución militar. Que el conflicto esté más o menos localizado geográficamente y que al mismo tiempo haya kurdos en toda Turquía, o que su presencia sea más y más importante en los círculos de la información, la política y la cultura, contribuyen a que el problema kurdo sea por completo un problema nacional, y a que condicione seriamente tanto la política doméstica como la proyección internacional de Turquía. El problema kurdo en efecto ha erosionado el prestigio y la estabilidad de los Gobiernos, ha envenenado las relaciones étnicas y a la larga podría incluso amenazar la cohesión del país. Resulta paradójico que tal cosa ocurra en un país heredero de un imperio que durante siglos permitió a sus numerosos grupos étnicos y religiosos un gran margen de autonomía cultural y administrativa.

Por todo ello el problema kurdo ocupa un lugar destacado en las hipótesis negativas que se establecen sobre el futuro de Turquía. Aparte los perjuicios ante señalados, se estima que de continuar la guerra en el sureste del país puede deteriorarse un sistema económico como el turco, básicamente sólido y expansivo, desacreditar a los partidos políticos que se han visto incapaces de remediar la situación, entregándose la partida en manos de los islamistas o de los militares.

Existen datos preocupantes sobre el incremento de la actividad kurda y de la represión correspondiente, pero también hay otros, suficientemente aireados a lo largo de 1995, sobre el progreso político y social impulsado por el Gobierno turco, quizás lento pero indudable, en la comprensión y el tratamiento del fenómeno. En otros testimonios se asegura que lo único que ha pretendido el Gobierno durante 1995 es aliviar las preocupaciones europeas en la perspectiva de la ratificación de la unión aduanera, sin mostrar una verdadera voluntad de abordar la cuestión kurda, y la cuestión de los Derechos Humanos, de una manera eficaz y sincera. También puede ocurrir que en Turquía haya maneras alternativas que rivalizan por abordar el problema kurdo, o una política de zanahoria y palo. En marzo de 1995, Turquía intervino masivamente contra los kurdos en el norte de Irak, abandonando sus fuerzas el Kurdistán irakí el 2 de mayo. El fracaso o el éxito, tan sólo momentáneo, de esta operación y de otras similares realizadas después en el interior del territorio turco,

se verificó por diversos incidentes ulteriores que han venido produciéndose, entre ellos, el registrado en

*“Al menos el problema kurdo ha dejado de ser un tabú en los medios de comunicación y en el Parlamento”*

Baskale, provincia de Van, cerca de la frontera iraní.

El presidente Demirel y la primera ministra Çiller recorrieron la zona y lanzaron advertencias contra la ayuda prestada al PKK por países vecinos. Siguiendo las gestiones turcas, las

autoridades de Irán declararon

que su país reconocía que el PKK era una organización terrorista y que se mejoraría la cooperación con Ankara en cuestiones de seguridad. El 26 de octubre el Tribunal Supremo confirmó la pena de 15 años de prisión para cuatro diputados, anuló la condena de dos diputados y decidió la revisión del proceso de otros dos. Todos son de origen kurdo. Entre ellos se encuentra Leila Zana, Premio Sájarov del Parlamento Europeo a los Derechos Humanos.

#### Integrar el islam

En otras palabras, Occidente desconfía de un país abierto a parajes conflictivos y remotos, y que además puede dar salida a una emigración masiva de población musulmana. Sería conve-

niente ponderar las actitudes ante la presencia, inevitable por otra parte, de fenómenos que habrá que integrar de alguna manera en la vida de Europa Occidental y que a ambos extremos del Mediterráneo se identifican, precisamente, con dos países musulmanes y *amenazadores*, Turquía y Marruecos, seguidos respectivamente por un Oriente Medio ampliado y por países cuyo futuro no está desprovisto de interrogantes, como Egipto, Argelia, Túnez y Libia (Fuller y Lesser, 1995). Las decisiones occidentales, y en concreto las comunitarias, respecto a éstos tienen por supuesto un alcance supranacional y cultural, responden además a esa nueva modalidad que reviste el diálogo Norte-Sur y que ha sido reactivada en la Conferencia Euromediterránea de Barcelona: desaparecida la Unión Soviética tal diálogo es en buena parte el diálogo con el islam. Lo que se está poniendo a prueba en último término, es la habilidad y la voluntad de Europa para integrarlo en Occidente, de facilitar el euro-islam o el gueto-islam. De la misma forma el apoyo al desarrollo político y económico de países destacados del mundo musulmán, como Turquía y Marruecos, puede tener al menos tanta envergadura e incidencia para la estabilidad del sistema internacional, como el apoyo que se presta a la reforma y a la integración de los antiguos países comunistas. Pero la decisión del Parlamento Europeo al ratificar la unión aduanera no parece haber alejado ni evitado la peor hipótesis de la evolución de Turquía, suficientemente aireada en medios oficiales turcos, con tonos dramáticos y que en alguna ocasión se consideró rozaban el chantaje: la evolución que se produciría en una Turquía frustrada por Occidente, inclinada al patriotismo y al nacionalismo aventurero, que de realizarse la transformaría en un Estado mucho menos fiable y predecible de lo que hasta ahora ha sido (Fuller y Lesser, 1993, p.171). Esta panorámica fatal de una Turquía irredentista y con tentaciones hegemónicas había fijado una serie de datos convergentes que, provocada su conjunción por el rechazo occidental, constaría de la implicación en la guerra entre Armenia y Azerbaidzhán, el deterioro de la situación económica, el conflicto renovado con Grecia, el deterioro de la cuestión kurda y el auge de los islamistas y los militares. Considerada en Occidente como puente y como barrera, la tercera posibilidad es que Turquía se convierta en un foco de inestabilidad, dejando de ser el elemento de moderación y de equilibrio en una región que no carece de tensiones.

Para conservar este papel Turquía necesita integrarse en el sistema europeo, pero Europa tiene derecho a considerar la modalidad y el espíritu de tal integración. Poco antes de su muerte, en abril de 1993, Turgut Ozal escribió en un interesante artículo que Turquía moderaba las tensiones del triángulo de la inestabilidad, pero que para reforzar sus relaciones con tales países y cumplir su papel con efectividad, Turquía necesitaba estar anclada en Europa (Jobert, 1994). Sucesivamente los herederos de Attatuk vincularon Turquía a la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte), la Comunidad Europea, el Consejo de Europa, la Unión Europea Occidental y la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE). Dos tercios de la exportación turca van a parar a los países de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico) y la mitad a los países de la Unión Europea; las inversiones, las transferencias de tecnología, las remesas de los emigrantes y los ingresos turísticos proceden mayoritariamente de Europa (*The Economist Intelligence Unit*, 1995). La magnitud de los proyectos y la actitud ilusionada que han trascendido de Turquía en el año 1995 han contrastado con el examen implacable que el Parlamento Europeo ha realizado sobre el país a lo largo del proceso que ha finalizado, por ahora, con la ratificación de la unión aduanera (Carnero González, 1995). Este examen es todo un pliego de condiciones e inquietudes. El proceso ha registrado constantes e intensas presiones de la Comisión Europea, los Gobiernos occidentales e Israel y el propio Gobierno turco sobre los parlamentarios, para que votaran a favor de la ratificación. El Parlamento Europeo le dio, desde el primer momento, un significado político que iba mucho más lejos de su contenido comercial y económico. Por ello estableció un nexo entre la ratificación y 1) democratización de la vida turca a través de una reforma sustancial de la Constitución, abrogación del artículo 8 de la Ley Antiterrorista, mayor respeto por los Derechos Humanos y puesta en libertad de los cuatro diputados kurdos; 2) tratamiento de la cuestión kurda desde una perspectiva no militar, y 3) adopción de medidas nuevas e impulso renovado para la resolución del problema chipriota. Realizada la ratificación, por 343 votos afirmativos, 149 en contra y 36 abstenciones, se ha afirmado que la Unión Europea en realidad ha extendido un cheque en blanco a Turquía; que

no se han cumplido, o cumplido muy a medias, las condiciones europeas y que, en definitiva, la geopolítica y los intereses económicos han primado sobre los Derechos Humanos.

En cualquier caso la ratificación sitúa a Turquía, como es lógico, frente a una serie de compromisos más o menos explícitos respecto a los kurdos y los Derechos Humanos, que sólo podrán ser asumidos por un Gobierno fuerte en el Parlamento y verdaderamente decidido a desmilitarizar y democratizar la vida nacional. Ya en un plano económico la entrada en vigor de la unión aduanera exigirá que el país despeje varios obstáculos importantes para obtener beneficios del acuerdo. Deberá, por ejemplo, adaptarse a los niveles comunitarios de precio y calidad, reestructurar en profundidad su aparato productivo, reducir la inflación y los tipos de interés, etc., (García Martín, 1995). Pero la unión aduanera parece coincidir con una etapa de bonanza económica. La primera mitad de 1995 ha registrado claros signos de recuperación, permitiendo que en mayo se presentara un nuevo plan quinquenal, para 1996-2000, con objetivos francamente optimistas. También coincide con una etapa de incertidumbre política. Ese Gobierno fuerte, decidido a desmilitarizar y democratizar, no es muy previsible para Turquía después de las elecciones celebradas en los últimos días de 1995. Tansu Çiller ha obtenido con la unión aduanera menos votos de los que esperaba sacar en las elecciones generales del 24 de diciembre, confirmando esta nueva victoria islamista la alcanzada en las alcaldías de las principales ciudades en marzo de 1994. El Partido del Bienestar es hoy la opción política más votada y la primera fuerza política, con 158 diputados y el 21,32% de los votos. Su línea asciende desde las anteriores elecciones generales en 1991 y, aunque sus posibilidades de formar Gobierno son remotas, con tales resultados Turquía puede entrar en un periodo de inestabilidad política que requerirá coaliciones gubernamentales de tres o más partidos. Tal vez la indudable consistencia de la opción islamista contribuya a la agrupación política de la opción laica, terriblemente fragmentada tanto en la derecha como en la izquierda.

Referencias bibliográficas

- Fuller, G.E., Lesser, I.O et al (1993) *Turkey's New Geopolitics. From the Balkans to Western China*. Westview Press. A Rand Study (pp. VII y 37).
- Abramowitz, M.I. (1993) "Turkey after Ozal", *Foreign Policy* 91:166-70.
- Fuller, G.E. (1993) "The fate of the Kurds", *Foreign Affairs* 72: 108-121. Recomiendo igualmente los recientes informes del diputado europeo Carlos Carnero González, citados aquí, y que se extienden también sobre el problema kurdo.
- Rouleau, E. (1994) "Turquía y sus desafíos", *Política Exterior* 37: 100-15.
- Fuller, G.E. e Lesser I.O. (1995) *A Sense of Siege. The Geopolitics of Islam and the West*. Boulder. Westview Press. A Rand Study. (pp. 166 y ss.).
- Jobert, M. (1994) "Turquía, ¿vuelve a los orígenes o a Europa?", *Política Exterior* 40:91-98.
- The Economist Intelligence Unit* (1995) "Turkey, Country Report" 3rd quarter 1995, y "Turkey, Country Profile" 1994-1995.
- Carnero González, C. (1995) sus informes realizados como diputado europeo, ponente para la unión aduanera con Turquía, destinados a la Comisión de Asuntos Exteriores, Seguridad y Política de Defensa del Parlamento Europeo, de los 29 de septiembre, 16 de octubre y 7 de noviembre, son de gran interés para conocer el proceso de ratificación y la misma coyuntura turca.
- García Martín, C. (1995) "La recuperación económica de Turquía. Perspectivas de la unión aduanera con la UE", *Meridiano CERI* 6:20-23.

## El Proceso de Paz en Oriente Medio

Adrián Mac Liman  
Responsable del  
Departamento del  
Mediterráneo-Mundo Árabe,  
Fundació CIDOB.  
Especialista en temas  
de Oriente Medio.

Si se estudia con detenimiento la evolución del hasta ahora frágil proceso de paz israelo-palestino, iniciado hace menos de tres años en las consultas secretas de Oslo, se llega a la conclusión de que los acontecimientos registrados a lo largo de 1995 han sentado las bases para la consolidación de las relaciones bilaterales, facilitando al mismo tiempo el establecimiento de una futura zona de estabilidad política en Oriente Medio. Conviene señalar que el balance no ha sido siempre positivo: la violencia inter e intracomunitaria, anticipada por los analistas hacia finales de 1993 (Mac Liman, 1993), se cobró sus víctimas en ambos bandos. A los disturbios que tuvieron por escenario la franja de Gaza, donde grupúsculos radicales islámicos opuestos al proceso de paz se enfrentaron a las fuerzas de seguridad palestinas, se sumó el asesinato del primer ministro israelí, Isaac Rabin, abatido el 4 de noviembre por un extremista judío, detractor de la política llevada a cabo por el Gobierno laborista. No se trata de meros incidentes; el magnicidio de Rabin refleja la ideología de un sector de la población israelí, que rechaza cualquier intento de diálogo con los habitantes de Cisjordania y Gaza y descarta la devolución de las tierras que figuran en el llamado "legado bíblico" de Eretz Israel. A su vez, el movimiento de resistencia islámica Hamas, creado a finales de la década de los ochenta para contrarrestar el peso de la OLP (Organización para la Liberación de Palestina) en los territorios ocupados, se niega a reconocer la existencia del Estado de Israel, poniendo de este modo en tela de juicio la validez de los acuerdos negociados en la capital noruega.

Huelga decir que desde el 13 de septiembre de 1993, fecha en que se rubricó la Declaración de Principios palestino-israelí, tanto los politólogos como los servicios de seguridad barajaban la posibilidad de un atentado dirigido contra cualquiera de los protagonistas del proceso de paz. Los indicios apuntaban más hacia Yáser Arafat, blanco *fácil* de los colonos judíos, aunque también de los radicales palestinos, opuestos a los acuerdos con Israel. El golpe de gracia llegó cuando y donde menos se esperaba: en el corazón de Tel Aviv, al término de un multitudinario acto de apoyo a la política del Gabinete, celebrado bajo el lema "Sí a la paz, no a la violencia". Con la desaparición de Isaac Rabin, la derecha israelí esperaba posponer sine die la solución del conflicto desencadenado en 1947-1948, tras la expulsión de más de dos tercios de la población árabe de Palestina. Sin embargo, tras el fallecimiento del líder laborista, las autoridades de Tel Aviv optaron por acelerar la implementación de los acuerdos de Taba. La decisión causó cierto malestar en el seno de la ciudadanía. Los cimientos de la sociedad israelí empezaron a temblar a raíz del asesinato de Rabin; se da el caso de bastantes pacifistas que llegaron a cuestionar la viabilidad de la convivencia.

### El largo camino

Durante décadas, palestinos e israelíes amantes de la paz trataron de potenciar el diálogo, considerando que ésta era la única solución capaz de impedir el derramamiento de sangre. Militantes de los partidos y movimientos de izquierdas hebreos (aunque también representantes del Likud), hicieron caso omiso de la prohibición oficial de “mantener contactos con el enemigo” decretada por el Parlamento israelí, la Knesset, en 1968. Algunos políticos, como el general Mati Peled, fueron condenados por acudir a citas con emisarios del movimiento nacional palestino liderado por Yáser Arafat. Otros, más discretos, lograron eludir la actuación judicial. Es el caso del diputado conservador Moshé Amirav, quien negoció, a finales de la década de los ochenta, una entrevista entre el entonces primer ministro conservador Isaac Shamir y el presidente de la OLP. Las gestiones fracasaron al revelar el ala derecha del Likud la existencia de contactos con la central de Túnez. Para Rabin, beneficiario, aunque *no artifice*, de la iniciativa de paz lanzada por su colega y rival laborista, Simón Peres, la firma de la Declaración de Principios de Washington suponía un primer paso hacia la inevitable normalización de las relaciones con los palestinos. Al asumir el cargo de primer ministro, Isaac Rabin tuvo que superar sus primitivas reticencias antes de autorizar la celebración de consultas con la OLP. Obviamente, la decisión no obedecía a motivaciones meramente altruistas; lo que se pretendía era acabar con la pesadilla que suponía para el Ejército judío la permanencia en la difícilmente controlable y explosiva franja de Gaza. Tal vez recordara el dirigente laborista las palabras de David Ben Gurion, quien recomendó, allá por la década de los sesenta, la retirada inmediata de las tropas de Tsahal de aquel hormiguero, que no dudó en equiparar a una “bomba de relojería”. Un cuarto de siglo más tarde, durante las primeras semanas de la Intifada (levantamiento nacional palestino), los discípulos de Ben Gurión comprendieron el significado profundo de su advertencia.

*“Los cimientos de la sociedad israelí empezaron a temblar a raíz del asesinato de Rabin”*

### 1993-1995: dos años difíciles

Tras la firma de la Declaración de Principios, los antiguos contrincantes decidieron llevar a cabo negociaciones paralelas destinadas a allanar la vía hacia el establecimiento de una Entidad Nacional palestina en los territorios ocupados por Israel durante la guerra de 1967. El Acuerdo de El Cairo (“Gaza y Jericó”) contemplaba la creación de estructuras institucionales encargadas de administrar las zonas autónomas. Mientras el Gobierno de Tel Aviv albergaba el deseo de retirarse cuanto antes de Gaza, la OLP quería contar con un “territorio libre” (Jericó) en el corazón de Cisjordania. Un compromiso, negociado en la recta final de las conversaciones de Oslo, permitió a la organización encabezada por Arafat izar simultáneamente la bandera palestina tanto en Gaza como en la orilla occidental del río Jordán. En septiembre de 1994, el traspaso de las primeras competencias autonómicas a la recién creada Autoridad Nacional Palestina (ANP), se tradujo por la ampliación de los poderes en materia de educación a la totalidad de Cisjordania. Este gesto fue interpretado como un primer paso hacia el autogobierno de la totalidad de los territorios palestinos. Sin embargo, la negociación final se prolongó más de lo previsto. Aparentemente, Israel no tenía prisa en llevar a la práctica los acuerdos. A la presión psicológica ejercida sobre los interlocutores palestinos, se sumaban los ambiguos mensajes enviados desde la presidencia del Gobierno a la opinión pública hebrea, no siempre propensa a avalar una solución rápida de la cuestión palestina. Si bien a finales de la década de los ochenta, el 63% de los ciudadanos israelíes parecía dispuesto a apoyar la negociación sobre el porvenir de los territorios ocupados, en los últimos 24 meses, el número de adeptos de la autonomía palestina registró una espectacular disminución. La perspectiva de la creación de un Estado palestino había modificado los datos del problema.

### Las consultas de Taba

El acuerdo de Taba (Oslo 2), que a su vez dio luz verde al traspaso de la totalidad de las competencias autonómicas a la Autoridad Nacional Palestina, tardó en materializarse. En varias ocasiones, los negociadores se vieron obligados a reconocer su impotencia frente a la complejidad de los asuntos tratados en este foro, su incapacidad por encontrar soluciones

de compromiso. Hay quien estima incluso que la evaluación objetiva de este extensísimo documento incita al pesimismo; un pesimismo generalizado, que fácilmente podrían compartir detractores y partidarios del proceso de paz. De hecho, ambos bandos consideran, por razones diametralmente opuestas, que detrás de la ambigüedad de ciertas cláusulas del instrumento se vislumbra el primer gran fracaso diplomático de la incipiente Autoridad Nacional. Los analistas estiman, por su parte, que el futuro Consejo Ejecutivo palestino, órgano de autogobierno integrado por 88 miembros electos, cuenta con pocas prerrogativas reales. En principio, el Consejo está llamado a ejercer el poder legislativo y judicial durante un período de cinco años “a partir de la firma de los acuerdos del Cairo”. Ello presupone la disolución de esta Asamblea el 4 de mayo de 1999, fecha prevista para el inicio de la fase final del arreglo de la cuestión palestina. Aunque el acuerdo contempla la posibilidad de celebrar consultas para la solución de los problemas pendientes (situación de los refugiados, porvenir de los asentamientos judíos de Gaza y Cisjordania, estatuto de Jerusalén, acuerdos de seguridad, definición de las fronteras, cooperación con los países vecinos y “otros asuntos de interés mutuo”), a partir del 4 de mayo de 1996, cuando se inicien las negociaciones sobre el estatuto definitivo de los territorios, cabe preguntarse si los dos partes estarán en condiciones de respetar este plazo.

Conviene señalar que si bien los acuerdos de Taba prevén el traspaso a la ANP de nada menos que 40 competencias autonómicas, en todos y cada uno de los casos existe una cláusula de salvaguardia que permite a las autoridades de Tel Aviv vetar cualquier medida adoptada por los palestinos en materia de comercio y educación, transporte y sanidad, orden público y política monetaria, etc. Por otra parte, el “redespliegue” (no repliegue ni retirada) de las fuerzas israelíes estacionadas en Cisjordania se acompaña de la permanencia en los territorios de miembros de las Fuerzas Armadas, unidades de la policía de fronteras y agentes de los servicios de seguridad. Los integrantes de los cuerpos antes mencionados están habilitados para actuar en las inmediaciones de las ciudades y aldeas palestinas evacuadas por el Ejército. Su presencia no se limitará sólo a la protección de los 130.000 colonos judíos, sino también a la supervisión, directa o indirecta, de

las tareas de las fuerzas de orden público palestinas, encargadas de “la seguridad interna” de los territorios. Para ello, la policía palestina contará con 30.000 hombres, dotados de 11.000 fusiles, 240 ametralladoras y 60 vehículos acorazados. Otro detalle que llamó la atención de los expertos es la cláusula que impone “amnistía e inmunidad” a los antiguos colaboradores de las autoridades militares hebreas. El enunciado deja la puerta abierta a la protección de facto de los colaboracionistas. Sin embargo, otro apartado señala que incumbe a los miembros del Consejo Ejecutivo modificar las leyes y ordenanzas militares vigentes durante la ocupación israelí. La repatriación progresiva de las personas desplazadas a raíz de la guerra de 1967 se hará con el consentimiento del Gobierno de Tel Aviv, que se reserva el derecho de exigir a los servicios de seguridad palestinos información detallada sobre los antecedentes (¿políticos? ¿penales?) de los ex residentes de Gaza y Cisjordania antes de autorizar su regreso y/o su paso por suelo del Estado de Israel. Finalmente, las limitaciones impuestas a los habitantes de las regiones autónomas para la búsqueda de empleo en Israel se mantendrán sin cambios notables; las mercancías palestinas podrán transitar por las carreteras israelíes “sólo durante el día”, los controles fronterizos se llevarán a cabo conjuntamente, teniendo el personal hebreo la última palabra al tratarse de la admisión en la zona administrada por la ANP de viajeros procedentes de Egipto y Jordania.

La entrada en vigor de los acuerdos de Taba y la retirada escalonada de las tropas israelíes de las ciudades y las aldeas de Cisjordania, coincidieron con la promulgación de la Ley Electoral elaborada por la ANP con la asistencia de expertos de la Unión Europea (UE). Tras la puesta en marcha del proceso que iba a desembocar en la celebración -a finales de enero de 1996 - de la primera consulta popular libre, la UE decidió acelerar las transferencias de fondos destinados a proyectos de desarrollo en los territorios palestinos. Esa inyección de capital debía facilitar la recuperación económica registrada a lo largo de 1995 en la franja de Gaza, donde el tímido incremento de la actividad industrial iba acompañado por la constante disminución de la tasa de paro. Por lo contrario, la escasez de recursos económicos limitó considerablemente el crecimiento de Cisjordania.

### Hacia la integración económica regional

El Estado de Israel y la Autoridad Nacional Palestina participaron en la cumbre económica de Oriente Medio y el norte de África, celebrada los 29-30 de octubre en Ammán, bajo el patrocinio de los presidentes de Rusia y Estados Unidos. La reunión, ideada expresamente para reanudar en otras latitudes el diálogo establecido durante la Conferencia de Casablanca (diciembre de 1994), examinó una serie de iniciativas de integración económica a escala regional, destinadas a convertir Oriente Medio en una zona de estabilidad política. Se trataba de una propuesta estadounidense, acogida con agrado por la mayoría de los países de la zona, siendo la reunión boicoteada únicamente por los Gobiernos de Siria, Líbano y Libia. El encuentro tropezó sin embargo con la reticencia de la UE, empeñada a su vez en edificar, de aquí al año 2010, un espacio de librecambio comercial en el Mediterráneo. Al estimar la UE que la ayuda destinada a los países de la región debía canalizarse a través del Banco Europeo de Inversiones, los europeos no apoyaron la creación de un Banco de

Reconstrucción y Desarrollo de Oriente Medio y Norte de África, recomendado por los norteamericanos y

se limitaron a asumir su papel de líder en los distintos Grupos de Desarrollo Económico Regional establecidos en Casablanca. Las perspectivas de cooperación política, económica y financiera, entre Europa y los Estados de la cuenca meridional del Medi-

terráneo se analizaron, pues, durante la reunión ministerial de Barcelona

(28-29 de noviembre de 1995), que supuso la *puesta de largo* de la iniciativa euromediterránea de la Unión. Algunos políticos árabes censuraron la rigidez de la postura comunitaria, recordando que el equilibrio en la región sólo podrá mantenerse mediante la participación activa de todos los protagonistas del proceso de paz -Europa incluida- en los múltiples foros de debate creados tras la firma de la Declaración de Principios.

### Negociaciones con Siria

Para las autoridades de Tel Aviv, la participación en las reuniones de Ammán y Barcelona supuso un enorme paso adelante hacia la

integración de Israel en el hasta ahora vedado contorno mediterráneo. Junto a la asistencia a ambos foros, los representantes de la diplomacia hebrea tuvieron la oportunidad de exponer sus puntos de vista en distintas conferencias regionales, organizadas tanto en el Magreb como en los países del golfo Pérsico. Los viajes oficiales de los miembros del Gabinete israelí a distintas capitales árabes, la acogida *correcta* (aunque no *cordial*) de los dignatarios judíos en países que aún no habían normalizado sus relaciones con Tel Aviv, acabaron ofreciendo un panorama completamente distinto de las perspectivas de diálogo entre antiguos contendientes. En este contexto, uno de los acontecimientos de mayor relevancia de 1995 ha sido, sin duda alguna, la celebración de negociaciones directas entre emisarios de Tel Aviv y Damasco. Los contactos, llevados a cabo en suelo estadounidense, han permitido despejar algunas incógnitas sobre la voluntad de Siria de dialogar con sus vecinos israelíes. Conviene recordar que ambas delegaciones presentaron, de entrada, propuestas completamente divergentes. Mientras el Gabinete laborista supeditaba la devolución de los Altos del Golán al reconocimiento diplomático por parte de Siria, la normalización de las relaciones políticas, económicas y culturales, y la posible creación en los confines de una "zona de seguridad" controlada por una fuerza multinacional de interposición, el régimen de Damasco exigía como condición sine qua non la retirada inmediata de Israel de la totalidad de los territorios sirios ocupados en 1967, así como la soberanía y el control por parte de Siria de los acuíferos del Golán, que representan actualmente el 24,5% de los recursos hídricos del Estado judío. Ante la aparente imposibilidad de llegar a un acuerdo sobre temas políticos, los expertos norteamericanos que supervisan el desarrollo de las consultas sugirieron la ampliación del debate a temas estratégicos y de seguridad, logrando la presencia de expertos militares de alto nivel en la segunda fase de las negociaciones. No cabe duda de que las consultas israelo-sirias serán largas y difíciles. De hecho, el presidente Hafez el Assad no tiene nada que perder al tratar de aplazar el desenlace final del proceso. Por su parte, Simón Péres no tiene interés alguno en precipitar la inevitable crisis que acompañará el abandono de los Altos del Golán. Aunque tampoco hay que descartar la

*“Uno de los acontecimientos más relevantes de 1995 han sido las negociaciones directas entre Tel Aviv y Damasco”*

posibilidad de un acuerdo de paz generalizado, que afectaría de manera directa o indirecta el porvenir de las relaciones entre Tel Aviv y Beirut. Y más aún, cuando se sospecha que los políticos beirutíes se preparan, con suma parsimonia y serenidad, para la normalización de los contactos con Israel. De producirse, este cambio supondría un verdadero giro en las relaciones a escala regional, abriendo la vía hacia la progresiva integración económica de los países del Mashrek.

#### Referencias bibliográficas

Mac Liman, A. (1993) "Las repercusiones del acuerdo OLP-Israel sobre el proceso de paz en Oriente Medio", *Anuario Internacional CIDOB*. Barcelona: Fundació CIDOB.